



Ángela Serna
Miguel Ángel Curiel
María Antonia Ricas
Jesús Pino
Ángel Ballesteros Gallardo
Alba Cámara Mayorga
M^{ra}. Auxiliadora López Rodríguez
Manuel Quiroga Clérigo
Joaquín Copeiro
Alicia Bermúdez
Elisa Romero
Lola López Díaz
Antonio Illán
Ángel del Valle Nieto
Damián García Fente
María Vázquez Benarroch
Adelina Esteban
Jesús Rubio
Juan Carlos Pantoja Rivero
Tomás López Muñoz
Javier Castillo
Rubén Sánchez
Susana Zaragoza Huerta

Ilustraciones:

Jesús García, Jesús Rubio

HERMES

REVISTA ESTACIONAL DE POESÍA

Hermes 19. Toledo. 2001

Revista Artesanal de Poesía

Dirigen y coordinan:

María Antonia Ricas y

Jesús Pino

Edita: *Hermes4*

Consejo editor:

Jesús Pino

María Antonia Ricas

Joaquín Copeiro

Juan Carlos Pantoja Rivero

Depósito Legal: TO-654-1995

ISSN: 1135-4801

Portada: Lucía Ruiz

HERMES

19



TOLEDO
INVIERNO 2001

Ángela Serna

Letra menuda

Entre sorbo y sorbo, un recuerdo se vierte sobre el plato de café exhibiéndose tras el humo del último cigarrillo. ¿Qué ha pasado con mi vida? ¿A qué me aferro a estas horas en las que nadie se soporta?

Quisieras tener una historia a tus espaldas que llevarte a la boca y, por más que te esfuerzas, tus neuronas sólo encuentran restos de una sopa fría tomada a regañadientes. Adolescente, planificabas un futuro distinto cada día: querías ser todo y hacer de todo: hoy enfermera, mañana cantante, pasado misionera, y al día siguiente maestra... ¡Cuántos destinos en tan poco tiempo! ¡Cuántos sueños intensamente vividos que nunca se cumplieron!

También querías casarte, no tenías muy claro cómo debía ser él, sobre todo inteligente, pero sí que serías madre de muchos hijos. Poco tiempo hizo falta para privarle a tu destino de tal opción precipitada. Muy joven renunciaste a los hijos y al matrimonio. Te quedaban los amo-

res a los que no podías renunciar. Y esperaste, esperaste desesperadamente que el amor llamara a tu puerta. Tu viste fases de enamoramiento múltiple: hasta treinta amores en un mes: compañeros de instituto, amigos..., pero resultó tarea harto cansada y poco satisfactoria. El amor se retrasaba y tú te impacientabas demasiado.

Por fin el que parecía ser tu 'príncipe azul' llegó en forma de colonias de verano, aunque duró lo mismo que un suspiro: era demasiado católico, apostólico y romano. No había superado la fase de matrimonio e hijos que a ti te quedaba tan lejos. Aquí y allá surgían esporádicamente amoríos pasajeros... hasta que él, ese amor imposible, llegó a ti de forma clandestina e inesperada. Aquello sí, aquello te quemaba por dentro y te daba alas por fuera: nunca antes te habías sentido tan bien: aquellos besos a escondidas, aquel amor de hotel, aquel sin vivir ante una ausencia... aquello sí era amor... Además siempre sería vuestro, tuyo, sin casorios, sin hijos, sin miradas externas. Jamás tuviste borrachera igual hasta que tanto celo se te vino encima como una losa y, con la iglesia hemos topado, tras la confesión te llegó la penitencia.

A partir de ese momento te dejaste llevar por la pendiente del riesgo y te agarraste a cuanto se te ponía por delante: un entrenador de fútbol regional, un marido y padre sufriente, otro marido... y alguna cosa más que te hacía pasar el tiempo.

Son las tres de la mañana, llevo cuatro cafés y no sé cuántos cigarrillos. ¿Por qué nunca me he llevado bien con

el amor?

Al principio no tenías tiempo, los estudios eran tu prioridad -eso le oíste decir siempre a tu madre, y te lo creías-, más tarde, en un afán de recuperar el tiempo perdido, te convertiste en una especie de mantís religiosa, devorando a tus parejas hasta que por fin el amor se te enquistó en el alma y en la indiferencia.

Te pasaba con los amores como con los oficios, cada día deseabas algo distinto al anterior, nada te satisfacía por completo. Llegó un momento en que te exiliaste, renunciaste al amor, y sólo te interesaste por el sexo: durante un tiempo descubriste que era mucho más placentero así, sin tiquismiquis ni compromisos absurdos.

¡Qué buena puta hubiera sido de ser puta! Pero, claro, este oficio nunca apareció en mis sueños de adolescente y, más tarde, ya era tarde para soñar.

Terminaste negándote cualquier manifestación erótico-amorosa, pero como el tiempo pone cada cosa en su sitio y tiene la fatalidad de volver a tu encuentro cuando menos lo esperas, te dio la ocasión de reencontrarte con algunos amores perdidos. Hasta en esto tuviste «mala suerte», pues siempre vuelven quienes más has deseado que volvieran. Y aunque nunca has creído en segundas oportunidades, ahora deseabas darte esa segunda oportunidad.

¿Por qué he de meterme en estos líos, precisamente

ahora cuando tengo una pareja con la que sobrevivo pacífica y civilizadamente?

Segundas partes nunca fueron buenas, dice el refrán. Y debe decir bien pues aquel amor de juventud, pasado por el tamiz del tiempo, de las canas y de la desesperación, se te antojaba imposible. Quemaste todos tus cartuchos en el reencuentro, quisiste revivir lo que quedó pendiente en el mismo punto en que lo dejaste. Y eso, eso no fue una buena idea. Demasiada pólvora para poca mecha, demasiados recuerdos idealizados, demasiadas citas con la memoria.

Onanismo mental y físico difícil de expulsar de un plumazo. Es más hermoso el recuerdo que el reencuentro, es más fuerte el amor que quedó pendiente que la posibilidad de recuperar el amor.

¿Acaso me empeño en vivir algo que siempre soñé y por eso no puedo sobrevivir al tiempo del amor, a una edad en la que debería estar haciéndolo en cada esquina?

Ya no piensas en ello. No te interesa ese amor, has renunciado al sexo. Te cansa, te duele. Ahora te quieres a solas allá donde te apetece quererte, sin trabas, con todo tipo de adornos y arrumacos. Crees que esto te ayuda a seguir viviendo. Sobrevives.

Son las cuatro de la mañana. Me asomo por la ventana para tomar un poco de aire y veo pasar a una pareja que tropieza con sus besos. Mi cabeza se va lejos, muy

lejos. Les abandono un momento, nunca me gustó ser voyeur, y de repente me veo a mí misma en esa esquina besándome con aquel amigo que tanto amé. ¿Le amé? Necesito creer que sí, que aquello fue amor, y del bueno.

Tu espacio real se agota con la misma velocidad con que se expande tu mundo imaginario. Haces de tu vida un sueño para soñar que estás viva. Pero, ya se sabe, los sueños, sueños son. Te has pasado la vida soñando. ¿Eres una farsa?

Al fin y al cabo, tampoco te ha ido tan mal. Salvo el amor, lo has tenido todo: una familia a la que adoras y que te adora, amigos de los de verdad, un trabajo que te gusta, unas aficiones que te impiden aburrirte...

¿Podrías renunciar a todo esto por amor? Nunca lo hiciste, ni siquiera cuando creías que era el momento definitivo, aquel en que el amor se te antojaba lo primero, lo más importante. ¿Egoísmo? No. Supervivencia. ¿Cómo encontrar el equilibrio? Nunca supiste. No sabes si ahora es demasiado tarde. Tampoco te preocupa. Has aprendido a amar cada parcela de tu vida con la misma intensidad con que se rinde una a su amante.

Ya suenan los primeros autobuses de obreros debajo de casa. Un nuevo día se me ofrece y lo recibo con algo de sueño. Ahora que todos despiertan, yo me voy a la cama a seguir soñando. Una nueva noche me espera frente al ordenador, el café y los cigarrillos. Una nueva noche de insomnio merecido para sentir que la existencia vale la pena.



1. GAVIERA 2000

Miguel Ángel Curiel

Enero

Sobra Enero, aunque otros años
sea Abril el que sobra, y otros sea
Junio el que ha sobrado.
No sobran por el frío o el calor
-en una carrera de galgos sobran los surcos.
Yo dejaría once surcos, luego diez surcos-
Pero Enero sobra más que otros surcos.
Los trenes pasan vacíos.
Los nidos están vacíos, los ojos se quedan
vacíos.
Los galgos persiguen a Enero por los
campos surcados. Vete Enero o encara
a los galgos. El galgo de palo. Tú
puedes soplar. Vete Enero si sobras.
Yo dejaría once surcos.
Y un solo galgo corriendo por el mar.
Como si mis hombros se rasparan
con el cielo.

El tiempo me espera.

El agua me mira.

Doy sombra al árbol.

Tengo tierra dentro.

Cada piedra del mundo es de un color
diferente -lo llamamos matices-.

Ninguna pesa lo mismo -lo llamamos
soposos-.

La ventana, los ojos y el corazón
-prolongaciones- porque a veces el corazón
está ciego y la ventana empañada.

Una piedra rompe la ventana,
los ojos y el corazón.

El viento me oye.

Cobijo las cerdas.

Las casas me hacen.

La tierra que tenía dentro me la como otra vez.

La sombra que di al árbol
me la da el árbol ahora.

Y miro al agua que me mira.

María Antonia Ricas

El Fantasma De Las Cortes De Amor

Porque prefiere permanecer en la aridez de los amores
imposibles
su amada se convirtió en alabastro sin temblor.

Esto fue lo que quiso:

no arriesgarse a cruzar el territorio del sobresalto,
no tener que escuchar una negativa,
no dudar de la mirada de los mensajeros.

Y terminaron los poemas de abril y las prendas de seda
con olor
a virgen esquiva y caprichosa.

Su amada envejeció,
la ceniza cubrió el reclamo de su juventud apasionada,
se borró el epitafio de su linaje
y los herederos quemaron los tapices donde ella había
bordado
cifradas inscripciones de lascivia.

Él la amará siempre
porque se entregó a la adoración de su distancia
como se adora al Sol sin mirar su fortaleza de asesino,
como se desea la luna
para que nunca llegue el momento soñado de alcanzarla.



1. GARCÍA 2000



Jesús Pino

Una carpita del racimo de las Ciencias

Los ojos de Manolita Siamés son del color de las aguas de la alberca de riego del atolondrado conde de Salvilla: verdes, cálidos, no muy profundos y cariñosos con las semillas y raíces de las umbrías huertas del corazón de sus admiradores. Dicen los que saben, tampoco son muchos, que a los trece años, el adolescente Johann Becher, abandonó sus natales orillas del Rin, y, pisando, con decisión y confianza, las yermas, doloridas y fragmentadas tierras alemanas, buscó su, ¡quién se lo iba a decir!, histórico destino. El astuto y oportunista Johann Becher vivió acaudaladamente embaucando la ambición, la codicia y la ignorancia ajena; también del título de médico que le regaló su suegro. El exuberante autor de la *Física subterránea* amasó su esplendor y su desgracia en los sueños místico-orientales de la seda y del oro, y murió, no podía ser de otra manera, más pobre que una rata envuelto por las húmedas y poco apacibles nieblas londinenses del Támesis. Es probable que en el período Neoproterozoico, la Tierra fuese una pera de nieve o una

ciruela helada, y, es probable, que coexistiera una guarida marina ecuatorial, espoleta del gran estallido vital del Cámbrico. Eso son cosas que distraen la cabeza de los geobiólogos y climatólogos. Y yo lo escribo aquí para ilustración de los muchos necios e ignorantes transeúntes de las pluriformes calles de la viña del Señor.

El tarambaina conde de Salvilla le abrió el cráneo a su primogénito hermano con un contundente, seco y poco piadoso golpe de orinal de cerámica de Sajonia. Esto ocurrió cuando, inocente y provocador, le narraba la indecorosa y humillante visión tenida en sueños: Manolita Siamés extraía cerúleos menudillos de su nariz y los redondeaba hasta convertirlos en albondiguillas para liliptienses. Dicen los que saben, no muchos, ya se ha dicho, que Georg Stahl cambió el nombre a la *terra fungis* de Becher y armó un buen lío entre los químicos. ¡Allá ellos!, se dijo, y continuó casándose una, dos, tres, hasta cuatro veces (¡coño, con el misántropo pietista!). Del flogisto ya no se acuerda casi nadie aunque dio para mucho en las oscuras y resbaladizas avanzadillas del conocimiento humano. Es posible que los kobalos no hallan tenido nada que ver con los derrumbamientos y explosiones en las galerías mineras, pero sí que van y vienen por los laberínticos subterráneos del sistema nervioso descargando sus escorias de metal en los viles sentimientos de los asesinos y piratas electrónicos. Lo digo como preaviso a solteras desvirgadas y esposas universitarias frías.

Ajena e ignorante de la trágica defensa que de su honor hiciera el botarate conde de Salvilla, Manolita Siamés seguía pinclándose los párpados con las sulfurosas cenizas antimoniales, procurando más y mayor estre-

mecido vértigo a la penumbra de sus miradas. Los cuatro o cinco que saben de estas cosas, afirman que entre la G y la g hay un abismo conceptual de tal envergadura que ni siquiera el balbuceo chirriante del excéntrico y misógino aristócrata, el multimillonario Henry Cavendish, podría rellenar. Con la nariz pegada a la redoma, contemplaba la gasilla de humedad que el «inflamable aire» ne-



vaba en el cristal, y ¡zas! lanzó a Aristóteles al misterioso fondo de los negros suburbios de la elementalidad. De los españoles afincados en Brasil, se tienen pocas y muy confusas noticias; de los que habitan o habitaron en México se tienen muchas más y con más precisión; ahora bien, de los afincados en México que viajaran a Suecia, el común no tiene repajolera idea. Los hermanos José y Fausto de Elhúyar están, para desconcierto de artistas y asombro de petirrojos nocturnos, escritos en los enrojecidos músculos de las bombillas esquineras.

Cuando la cabezota del hermano primogénito del conde de Salvilla concluyó el derramamiento de la espesa y humeante salsa de sangre con tropezones de sesos, el zascandil conde, impertérrito, orinó en el bacín intacto de cerámica de Sajonia y luego, abandonó la escena del crimen murmurando: «a mi Manolita no le hace un feo ni Dios». A Marat le hizo un feo Lavoisier y le costó la cabeza. La envidia y el orgullo, juntos y revueltos, producen un venenoso mercurio en el alma, un letal escorbuto en las misericordias, una leche agria y vomitiva en la ortigada voluntad de los animalitos humanos. La envidia y el or-

gullo, mezclados o fundidos, generan un aire áspero y poco higiénico del que no se libran ni las laborables esposas. Madame Lavoisier parecía una mosquita muerta, pero se despachó con el convolutista Becher y el tetraviudo Stahl, quemando sus libros para amenizar la orgía que montó tras el descarado robo del oxígeno que perpetró su marido al tartamudo descubridor de la goma de borrar. Las misteriosas veleidades de la simetría no perdonan, en sus predilecciones, ni al singular órgano mingitorio. Un estado ereccional continuo de más de cuatro días es una barbaridad clínica, pero un estado de flacidez permanente es un prototipo con ribetes de santidad. Entre el priapismo y la detumescencia hay una malquerencia que se esconde y se escabulle por las altas mesetas de la Cola del Caballo, allá en la médula, en los roquedales ajedrecísticos (S3-I12) de las vértebras.

Lo que más sorprendió a la Guardia Civil, fue la carita de cera del conde de Salvilla, cadáver y *lingua fuesa*, colgado de la viga del depósito del trigo. A Manolita Siamés, el gesto romántico del ahorcado conde la dejó indiferente y sus ojos, verdes y cálidos, siguieron fertilizando las secretas avaricias de los jóvenes libertinos. El aire del atardecer ni encrina los cabellos ni despierta memorias ni desfleca las gorgueras de los prudentes y solitarios gorriones. El aire del atardecer remueve los granizados pensamientos del esmirriado cuáquero John Dalton, del daltónico y enjuto registrador de fríos y de lluvias, del jalador del átomo de las hondas, asilvestradas y umbrosas primaveras demócritas. Quien más y quien menos sabe de estas cosas; hay quien es un bocazas y quien un resentido. Estos últimos son los más peligrosos y es me-

Por no comentarles nada sobre las íntimas y hercúneas virilidades de la energía atómica. Que un día nos la van a liar. Los alterofílicos vientos de la borrasca inglesa son fríos y roncós. No silban como las livianas ráfagas de junio ni bisbisean las ramas como los airecillos de septiembre. Estos noviembrunos zarpazos aéreos soliviantan las apacibles aguas de la mar, las ahogadas alfombras de las calles y las rizadas melenas de las señoritas futingueras. Estos hoscós y violentos vendavales desnudan las estatuas de los parques, los apóstoles de los atrios y las máscaras del poder y da mucha risa el ver las canillas de los emperadores, los culos de los santos y las diabólicas verrugas de los padres de la patria.



Ángel Ballesteros Gallardo

EL TORNO RETORNA Y LA VUELTA VUELVE

Cuenco con pétalos

Como un río mi sangre
cruza en pie tu silencio.
EMILIO PRADOS

Límite del instante
consumido,
cerrada puerta
del cerrado sueño.
Es carcelero, el cuenco, encarcelado
en el labio, orificio o pozo oculto
para espantar la sed de la palabra.
En la curva de su boca se amoldan,
dando al vino la altura de la boca,
los deseos de ser camino y viento.

Tal vez del eco
 recogió su forma,
tal vez del niño
 su mirar de asombro,
del silencio tal vez ese su ovillo
que redondo se ofrece como abrazo.
 La pequeñez eleva su estatura
 al límite del símbolo y del beso.
Cuando se agria
el sabor de la risa
y la acidez
se aferra en la mirada
cuenco vacío se torna el presente,
no existe la ilusión para escanciarla.
Cuando el gozo
quisiéramos que fuera
quietud eterna
 en reposo
 sin tiempo
es el cuenco la imagen del deseo.
Tomó, en el cuenco, la quietud figura
y se paró el reloj en nuestros ojos.



Azul de jarra recuerdo

Si todo puedes amarlo
sin límites ni fronteras
es porque vives.

CARMEN CONDE

Hoy me vino tu historia
al fijarme en la jarra
donde bebo recuerdos.

Azul

es azul

como era azul

aquel tiempo

que no sabía de relojes.

Recuerdo que la nube amordazó tu grito

-entonces el amor

mirarte,

sonreírte,

esperarte-.

Que un día me engañaste en las aguas del río;

estabas tan cercana que al cogerte

del susto

te ondulaste

-entonces el amor...-

Y un pájaro quiso partir tu imagen,

fue un beso junto al puente

que casi nos hizo novios.

Entonces el amor

era

ilusión azul,
azul sonrisa
mirada azul
y la espina no había
erizado la sangre.
Hoy me vino tu historia
en la pintura azul
de una jarra de olvido.



hoja del olivo
y en el alfar
 río de sangre verde.
Un hombre soñó y las grises cenizas
la tristeza de hueso abandonaron,
los labios ya sin la mueca de abrojos.
Fue el cobre quien reverdeció sus sueños.

El fuego fijándole, ya más tarde,
el color en el corazón del hombre
como si fuera barro que en el árbol
sorprendió la mañana entre las ramas.
Verde espera
 del óxido de cobre,
verde hombre
 en óxido de la espera.

Alba Cámara Mayorga

Transgresiones morales de la gran ciudad

La misma luna que hace blanquear los mismos paisajes,
destruye una realidad de claroscuros superpuestos.

Sin apenas notar el roce de una cálida mirada,
soy capaz de vislumbrar el propósito de su impaciencia.
Aquí desvelo el pequeño secreto de mis transgresiones
morales,

de conceptos de realidad fosilizados por el óxido de las
viejas cañerías de la gran ciudad.

Y es donde vivo un peculiar agujero de creencias pragmá-
ticas y hormigueros en serie. Es ese el trabajo que me
absorbe.

Un sinfín de emociones enredadas en las sábanas blan-
cas de un sueño sin preludeo.

Ando sobre un sangriento horizonte que riega con lágr-
mas de carmín los verdes prados y el dorado trigo de las
tierras de la Mancha.

¿A dónde habrán ido las montañas?
Se fueron hacia el norte, empobreciendo el mismo paisaje
que hace blanquear la misma luna ... ¿o era a la inversa?.

No hay ratas en la gran ciudad. Los desposorios de una
vida mejor se marcharon con ellas.

Sí hay ruidos de animales; animales de progreso que en-
turbian los ánimos del más sereno:

Un fax hipocondriaco se molesta porque le falta tinta.

Una neurótica lavadora se acelera obsesionada por el
centrifugado.

Un frigorífico constipado y un brasero enfebrecido.

A lo lejos alguien canta... una sirena de cultos orientales,
un amargo deseo sin proyectos reales.

Siento la misma impaciencia del ojo que me mira y trato
de justificar mi estado anímico con una composición
surrealista de tonos apagados.

Pero escribiendo, pasa el tiempo, y el tenebrismo observa
acechante los soberbios edificios de la gran ciudad.

*-Mejor será mantenerte a oscuras, piensa, para que los dio-
ses del Olimpo no enfurezcan por tu enorme secreto de vi-
cio y perversión.*

*Mejor será que no lo vean, para que hagas tu mal invisible
a los ojos de cualquiera..*

Total, a nadie le importa, y menos a un escritor omnis-
ciente...

M^a Auxiliadora López Rodríguez

El florero de la chimenea.

Naturaleza no muerta sino transformada.
Naturaleza transformada en estallido de colores:
anaranjados, ocres, amarillos...
Hierbas y flores silvestres que sucumbieron
al paso de todas las estaciones
sin desaparecer
y permanecen sobre la repisa de la chimenea
amarradas en un frasco de cristal sencillo.

La belleza condensada en esas hierbas secas
pero no marchitas.
(Me costó amontonarlo una tarde entera de verano).
El campo, cuajado de colores,
recordaba el paso de muchas cosas
y el porvenir de otras
(que hoy, ya, no importan demasiado).
Al fondo: piñas, piedras, caracolas lejanas
de otras tierras
de playas largas y arenosas.

Cada hierba y cada flor
encierra una memoria entera
de estaciones recobradas
de amores que se fueron
de amores que perduran
(a pesar de todo lo pasado).

Amanecer nocturno

La noche no ha engullido al día,
más bien lo ha transformado
en un rumor de pájaros nocturnos.

La noche no ha marchitado la luz del sol,
más bien la ha convertido
en un aletear ruidoso y multitudinario
que como cada día en el amanecer nocturno
repuebla el álamo
de la pequeña plaza del pueblo
entre los Montes de Toledo.

Este rumor recuerda
que nada está perdido
que todo permanece
 en una ebullición
 constante
 de vida.

Los ojos de Jimena

Los ojos de Jimena son
como los ojos de mi gata cuando me mira.
Y tienen...
ese triste gris de no saber qué responder
cuando le hablan...

Jimena es silencio y misterio
como si aterrizara de un país lejano
(más allá de las nubes)

El pelo de Jimena es amarillo
como el atardecer...

La piel de Jimena es blanca
como una página no escrita
repleta de palabras escondidas
mágicas y misteriosas.



Manuel Quiroga Clérigo

Versos de Praga

La ciudad del castillo

Las doradas manzanas cubren el césped verde;
otras rojas, brillantes, permanecen encima,
colgadas de sus ramas, junto a altivos castaños.
En el espacio abierto quedan los vertebrados pinos,
el musgo recoleto, las torres, las ventanas barrocas,
los muros centenarios, vistosos uniformes, la Catedral.
Muy cerca la ciudad muestra su limpio otoño,
un concierto de soles que recorre el Moldava,
poéticos paisajes repletos de gaviotas y barcos.
Praga ofrece rincones de eternidad bucólica,
de horizontes perfectos con su dosis de calma.
Ahora es cuando el aire, apacible y distante,
huye de los tejados, las fachadas tan limpias,
esas casas enanas y el misterio que aguarda
en tantos muros leves, las campanas intensas
de alquimia enamorada y silencios tempranos.
En los patios tranquilos hay estatuas de bronce,

el comercio insolente, un trajín de sirenas.
Cerca de tantas verjas, de vistas panorámicas,
del palacio furtivo unos músicos tristes
hablan con voz de Smetana. Ahora es Praga
magnífico refugio de turistas y pájaros.
Junto a la Torre Negra y la Puerta del Este,
por donde abandonamos la Ciudad del Castillo
hacia la Malá Strana y hacia el Puente de Manes.

Praga 16.10.2000.

Jardines de Vysehrad

Me detengo tan solo en los jardines
de Vysehrad. Es aquí donde el tiempo
parece detenido mientras el blanco puente,
testigo de suicidios y tragedias inmensas,
anuncia una ciudad más libre y luminosa.
Hay un frescor de fonda y una quietud de aldea
en este mediodía de pacífico otoño en Praga,
la ciudad-fortaleza de símbolos y enigmas,
la de la primavera sofocada, la de Palach,
de Masaryck y Kafka, la de Mozar y Hável.
Cúpulas, campanarios, los mundanos hoteles,
dejan aquí la huella de la serenidad,
de las horas cansinas que llevan a la tarde.
de siglos que vivieron las guerras y los odios;
esa historia de Hus, patíbulos de sangre,
y también el Metrónomo con este movimiento
cotidiano que habla de libertad continuamente.
En Praga el aire es diáfano y las horas aladas.

Praga 16.10.2000.

Pálpito

Unas aves nocturnas iluminan la noche en el Puente de
[Carlos,
elevando a los cielos la Catedral tan quieta, las colinas,
la niebla del Moldava, esas aguas serenas, su fluir calcu-
[lado,
el intenso bullicio de la ciudad de Praga.

Praga, 16.10.2000.

Las aves

Van hacia el sur las aves de una forma pausada
sin dolerles siquiera la niebla vertical
o la humedad tremenda del río navegable.
Son tan solo unos puntos de luz con sus breves
plumajes, la suave sensación de llamas que vuelan.
Todo su territorio es el Puente de Carlos,
las islas del Moldava, las yacentes estatuas.
Y queda tras su vuelo una serenidad diferenciada
el sabor de una noche pacífica y melódica,
esa armonía leve de los pájaros blancos.

Praga 17.10.2000.

Mujer

Voy soñando tu cuerpo como profundo bosque,
imagino tu piel húmeda y razonable,
como manjar tus pechos y suave miel tus labios.

Eres mujer, ahora, un sinfín de deseos,
ese claustro cerrado que permite las fuentes.
Recorro lentamente tu vientre como lago
con la suave ternura de encendidos oasis
y los vivos secretos de tus horas más cálidas.
Mientras la lluvia tenue reverdece los parques
vuelve la sensación de un aguacero hermoso,
sólo aquel que permite saberte tempestad,
el mismo que ilumina los días como prados,
el que llena de savia algún pubis de rosa.
Me recuesto a tu lado sabiéndote benéfica,
como jardín antiguo que los arroyos colma.
Te siento presurosa entre las nubes dulces
sabiendo que apareces desnuda algunas tardes.
Eres, entre las sábanas, un manojo de azahar:
será que ansiosamente buscando voy tu sombra,
tus manos que acarician ilusiones de siglos,
tus pezones repletos de futuros y paces,
tus palabras que vuelven de ayer dormidos.
Como fugaz paloma en un campo de olivos
estarás acudiendo a mis gritos de amante.

Praga 18.10.2000.

El otoño nos cerca con su color dorado.

Karlovy Vary, 19.10.2000.

Joaquín Copeiro

El sol del membrillo

A Antonio López

Sonríe con la luz, labios de tiempo,
perfume de hojarasca,
cariño, cariño mío,
que el día es pobre,
y es acoger su lumbre que se vierte
sobre la piel del alma
una prueba de amor bajo la lluvia,
brizna de otoño entre tus dedos y en tus manos,
ramito de mejorana,
que el aire es agridulce como el sol del membrillo,
y bajan al mar las aguas,
grises las penas y las nubes blancas,
espuma que lleva el río,
a dos voces, la tuya, tierna y dulce,
y la de mi niñez abandonada,
como un llanto de lluvia,
mientras la muerte huye a la montaña,

presente el único testigo,
lucero de la mañana,
y buscan la ciudad que tanto amamos,
para luego decirme, y yo decirte,
sepías los ojos y las páginas,
planté por Sevilla entera,
tú a contraluz de un verde amarillento
sobre un blanco de amor y de palabras,
banderas de desafío,
como estelas de un tren o de una nave,
y esperar a que el eco nos devuelva
la voz abierta y cálida
del querido viajero,
amigo de tertulias imborrables,
que se fue con la muerte hacia la nada,
dejando tras su sombra una canción,
y dice cada bandera,
en un póster de amor sobre una tapia,
hoy te vuelvo a mirar,
ya no eres joven
y mis manos están cansadas,
cariño, cariño mío,
pero te quiero sobre el tiempo,
y te amaré
más allá de la voz y la mirada,
y esta felicidad de ver la tarde,
la huella del silencio sobre el agua.

Jesús Pino

Tres hojitas, madre, tiene el corazón, tiene el corazón, tiene el corazón

I

Verde vegetal.
Azul celeste.
Blanco doméstico.
Inmóviles navíos de la redundancia.
Por el mar negro del perro
la roja flor de los gladiolos ladra.
Es una tarde de verano
joven, esférica y cromática.
Las golondrinas cosen y descosen
la túnica del agua.

II

Féretro o ataúd: caja de restos.
Sólo el cadáver solo.
La muerte en soliloquio con el muerto.
Entre flores y lluvias,
el tiempo,
vaciando los perfumes y las risas,
mimando la hermosura de los cuerpos,
la promesa incipiente de los labios,
el erotismo aún blanco de los pechos.
Y en el centro,
solo,
extrañamente solo, en primavera,
el muerto.

III

Las notas de un piano
ocupando el volumen de la noche.
Como el olor a humo,
como la luz de un astro.

Sigo la calle arriba
-vida abajo-.
La música se apaga en mis oídos.
Muy lejos, subterráneo,
oigo, dentro de mí,
la incertidumbre del piano.

Alicia Bermúdez

Foto de mujer harta y delgada

Estaban siendo unas vacaciones fantásticas.

Por primera vez, después de muchos años, estábamos disfrutando, nuevamente, de nosotros mismos, de la convivencia desnuda de cotidianidades enfadosas y desprovista de la esclavitud de tener que poner malas caras a los chicos porque estaban regresando tarde o habían sacado malas notas -tú, mayormente, que a las madres nos está permitido ser más blandas- y de la de batallar por el turno para entrar en el cuarto de baño.

Después de más de quince años volvíamos a encontrarnos solos y, en contra de la opinión que al menos yo tenía formada a partir de comentarios -unas veces amargos, otras veces jocosos -de matrimonios parecidos a nosotros, estaba siendo francamente maravilloso constatar que todavía existían inquietudes comunes que, si bien sazonadas de divergencias porque en infinidad de temas ya entonces no habíamos mantenido pareceres iguales, nos mantenían despiertos de codos sobre la mesa de la cocina hasta altas horas y con la mente alerta para que no se nos escapase un argumento nuevo, una salvedad

no contemplada, una matización no tenida en cuenta que arrojaban inesperada luz sobre el ocasional asunto a dirimir y nos possibilitaban para retomar la exploración de los respectivos yoes que por un largo tiempo permaneciera si no olvidada relegada sí un poco a un segundo plano porque la inmediatez de las exigencias de la vida diaria y los imperativos ineludibles de cada momento la habían mantenido amordazada, amordazada pero nunca muda, nunca muda porque su voz se dejaba oír en gestos, en ademanes, en posturas, en la falta de convicción que se traslucía en tus reprimendas a los chicos cuando hacías desmañados esfuerzos por persuadirlos de que habían de abrirse camino y labrarse un futuro y adquirir el derecho al respeto en un mundo en el que la devoción por cualquier tipo de valores -aunque hubieran sido sólo medianamente excelsos, nada más corrección y buenas maneras arrojadas en un disfraz de Ética por el que tú, escéptico siempre y a mi gusto un poco demasiado derrotista, nunca te dejaste engañar; que por eso te digo de tu falta de credibilidad cuando se te veía afanado en inculcar -se había ido convirtiendo poco a poco en un lastre del que había que desposarse sin piedad alguna si lo que se estaba pretendiendo era no ya ser un tiburón sino simplemente no dejarse devorar.

No, cielo mío, no resultabas en absoluto convincente y para colmo, a renglón seguido de la amonestación, cambiabas tan campante de tono y de tema y como si tal cosa te ponías y jugabas con ellos cuando niños o te interesabas por sus cuitas cuando adolescentes en vez de hundir la nariz en tu periódico o despatarrarte delante de la tele dando la matraca, como Dios manda, con que si

fuiste siempre un padre modelo y con cuánto te desvivías por tu familia y lo muy deslomado que regresabas del trabajo en el que te estabas dejando la piel con la encomiable ansia de proporcionar bienestar a los tuyos y «cuando yo falte» haberlos dejado situados o, cuando menos, convenientemente encarrilados.

Pero tú, no.

Estaban siendo unas vacaciones fantásticas.

Tú no te sumergías en tu periódico ni te desparrabas delante de la tele ni te deslomabas ni regresabas de un trabajo en el que no te dejabas piel ninguna. No. Tú eras un señor feliz -a Dios gracias, que si llegas a ser desgraciado nos hubieras hundido en la miseria y la desesperanza tan pesimista como fuiste siempre- que detestaba tener pajolera idea de qué estaba ocurriendo en el mundo que te rodeaba y abominaba de la televisión y estimaba que el trabajo embrutece y ni se estaba dejando la piel en parte alguna ni te embargaba ansia de proporcionar bienestar a tus ningunos y «cuando yo falte» un jamón con chorreras porque tú amenazabas ser eterno.

Eterno o inmortal, al menos, al menos mientras yo viviera que nunca iba a verme libre de ti, ¡maldita sea!, que siempre ahí a mi lado cual sombra, a mi vera, sin dejarme dar un puto paso sin tu amada presencia que siempre me acompaña vaya donde vaya esté con quien esté diga lo que diga y haga lo que haga que ya te digo a veces mira mi amor déjame respirar, a ver, si tienes a bien dejarme en paz que ya estoy más que harta, ¿es que no las hay mejores y más listas y más guapas?.

Pero tú, nada.

Estaban siendo unas vacaciones fantásticas.

Tú ni caso y ni una mala cara. Tú imperturbable e impertérrito e impasible e impecable. Tú inmutable, en mis sueños -al menos-, que aunque me estaba cayendo de cansancio de todo el día correteando echando el bofe tirando de mis kilos de más y aguantándole a él, que tiene un trago, en aquel insufrible tour organizado «porque los chicos ya son grandes, pueden pasarse unos días solos» tú ahí seguías irreductible y sin avenirte ni un instante a que dejara de pensarte y, yo, aunque ya te digo, extenuada, te complacía gustosa quitándome horas de sueño por soñarte mientras aquel pedazo de trozo se echaba al colete en la discoteca del hotel unos cubatas porque hay que disfrutar de la vida «joder, alegría esa cara» y yo disfrutaba, mucho; y la alegraba.

Tú, en cambio, y mira que te habré dicho veces pero mi amor alegría esa cara, siempre conservas tu mirar un poco melancólico empecinado -tan agorero siempre- en «es muy fácil para ti quererme sonándome a tu aire» y que si fueses realidad ya veríamos pero yo te digo «tonto, calla» y entonces me sonrías y me miras y me dices eres la mejor y la más lista y la más guapa y yo te tengo que terminar diciendo, aunque me duela, márchate que estoy harta, déjame en paz que tu presencia constante me atormenta y si tú no existieras, que ojalá no existieras, no te podría comparar con mi realidad verdadera y mi vida no estaría siendo tan ingrata.

Eso te digo, pero parece no querer escucharme y mira que no logro dar con el motivo porque lo que yo no he podido de ninguna de las maneras ha sido conquistarte; que yo sé que ni un gida de los encantos de que tú me invistes alcanzaría yo a fascinarte, que para seducirte

habría de ser tan concepto inasible como tú lo eres. Eso te digo a veces pero, en realidad, disfruto tanto amándote e imaginando que me amas que -por enésima vez y aun a riesgo de que me contestes como sueles «hay que ver si eres pesada»- no puedo reprimir mis ansias por rogarte que, pase lo que pase, no me dejes nunca, que jamás te alejes y que cuando me notes un poquito antipática o esquiva o incluso cuando te diga eso de a ver si tienes a bien dejarme en paz no me hagas caso...

¿Me estás oyendo, amor?... No sé, te encuentro como distante o como distraído o como raro... No sé, tal vez estamos empezando en tantos días a estar los dos un poco saturados... suerte que mañana nos marchamos y durante doce largos meses sin ninguna otra cosa subyugante en que pensar dispondré del favor que la rutina y el tedio y la cotidianidad tan aburrida me otorguen para recomponerte y puede que hasta renovarte los encantos. Si, me parece que voy a renovártelos; que el verano que viene te quiero, sí cabe, un poquito más inalcanzable y más lejano.

Estaban siendo unas vacaciones fantásticas.

Elisa Romero



Apenas despunta el amanecer, ya está sentada sobre el cartón arratonado de la maleta de remaches de hojalata atada con correa de cuero, bien apurada hasta el último ojal la hebilla. Espera. Con desasosiego. Tiene prisa. La chaqueta de lana con cuello de piel tintado de verde rabioso, la falda tapando las rodillas -el bajo delata el reciente estirón, por mucho que se afanara la madre en plancharle bien húmeda la bastilla-. Zapatos de medio tacón con puntera aguda. De charol. Negros. Opacos de uso y betún. El cabello en ondas sobre los hombros. Como arracadas morenas. Se le ha ido la mano en la brillantina. Y en el perfume. De lilas. Hay que causar buen efecto. La Eulalia le ha dicho que la familia es de lo mejor. Muy fina. Y el barrio, señorial. Cerca del Retiro está. Y del Jardín Botánico. Detrás de un Museo muy conocido en todo el mundo. Que hace colas y colas la gente de todos sitios para entrar. Junto a esa iglesia donde se casan los señoritos bien. Y los reyes. Y muchos títulos. Sí, mujer, en los ecos de sociedad sale siempre. Los domingos. Ya ves. Y luego lo celebran en un hotel de copete al ladito mismo.

El Ris creo que le dicen. O en otro cruzando la plaza, igual de elegante, que le llaman el Palas y está enfrente de un edificio con leones en la puerta que dan como repelús, de tan reales. Desde la casa puede verse -se lo ha dicho también la Eulalia, que lleva en Madrid y en la zona va para cuatro años- la fuente constantemente manando. Un dispendio, pero bien maja cuando iluminan los caños. Chorros de luz y de agua vertiéndose sobre un señor de piedra con nombre difícilísimo de pronunciar y más de retener, que lleva corona y sujeta un tenedor grande. Debe ser un rey antiguo o un santo a lo mejor. Porque no se moja casi. O algún héroe de esos del dos de mayo. Vete a saber, que los madrileños son muy suyos. El bocinazo del autobús de línea la sobresalta. Arrastra la maleta y la coloca ella misma en el portaequipajes. *Venga muchacha, espabila, que llevo retraso Amos, ques pa hoy, alma cántaro.* Se desespera el conductor, que viene cargando jovencitas pasmadas desde dos pueblos más arriba. *Madre, recuérdeme a padre que se tome el jarabe antes de acostarse. Al abuelo, que le dejo encima de la cama el chaleco remendado. Y usted cuídese, madre, que la encuentre mu delicá y mu frágil Hija... Que sí, madre, que sí. Le diré a la Eulalia que les escriba por mi, que ya les leerá las cartas Dña. Marga. Yo aprenderé a escribir. Se lo prometo, madre. Que me ha dicho la Eulalia que los señores me van a matricular en una academia de estudios nocturnos pa que me instruya. Que no llore, madre. Ea, que me voy contenta.* Se mira las manos agrietadas. Por el frío y por la aspereza de la tierra, desde bien chica trabajándola. Antes de que los otros niños se levantaran para ir a la escuela, ya estaba ella con su tarterita sendero adelante, punzados de rocío

de estrellas los carrillos y restregado el sueño en los ojos, aún con legañas. Dña. Marga, la mujer de D. Evaristo el maestro, se empeña en vano en enseñarle a juntar las letras. Por las tardes, al anochecer ya, cuando todavía se oyen en la calle los corros de los otros niños, va a su casa Dña. Marga. No logra nada. Y mira que le echa paciencia y que repite una y otra vez. Pero ella es torpe. Y la puede el cansancio, además. *Anda, Fidelita, acuéstate. Mañana lo seguiremos intentando. Ya verás como es fácil. No hagas pucheros, mujer.* Se duerme sobre el cuaderno de hojas rayadas. No lo puede remediar. Ha perdido el tiempo un día más. Y se lo ha hecho perder a Dña. Marga, que es peor. Tampoco ha jugado con los niños. Ni siquiera sale con ellos los días de fiesta. Ninguno la ajunta. Es feúcha y poquita cosa. Flaca y sin gracia. Y esas manos dañadas por la intemperie y la dureza del surco la acomplejan aún más. «*Manosdetío*» le dicen. *No me toques, que me raspas, «Manosdetío».* Y ella roza a Futón, el perrillo sin dueño. *Mirad, mirad, Fidela cepilla a Futón. Fidela cepilla a Futón con los dedos. Cuidado, «Manosdetío», que arañas a las pulgas.* Aprende pronto a tragarse las lágrimas. Arañan también. Raspan hacia adentro. Y encallecen el alma. Como el hielo de la amanecida la piel. Se mira las manos agrietadas y las abriga o las esconde en la holgura de la chaqueta de cuello de piel verde que Dña. Marga le ha regalado. Ella hace tiempo que no se la pone, y con un ajuste de talle y un toque en la bocamanga, nueva. Le sienta como un tiro. La chaqueta. Por la ventanilla ve correr hacia atrás las casas, la torre de la iglesia con su nido vacío de cigüeñas, la botica, el reloj del Ayuntamiento, la escuela, la tierra adusta. Todo se aleja. El padre en

el barbecho. El abuelo ovillado junto a la lumbre. La madre casi muda entre pucheros hirviendo. Dña. Marga. Y los niños. Los otros niños, que todavía duermen la sopa caliente de la noche, sus carteras bien repletas de libros con preciosas ilustraciones y sus plumieres a reventar de lapiceros de colores y sacapuntas. Y de gomas de borrar como lenguas de gato. Todo lejos. Todo atrás. Todo afuera. También su infancia equivocada. Y Futón.

Todo.

Riquitispacé.

Ea.

La casa es inmensa. De techos altos. Huele a bienestar. A cera. A madera noble. A manzanas en los armarios. A natillas. A almidón. A orden. A silencio. Sobrecoge un poco al principio. No se oye el ir y venir. El grosor de las alfombras ensordece las pisadas. Los señores musitan. No levantan la voz nunca. Son amables. Muy amables. Pero hablan con ella lo imprescindible *Baje por el pan, Fidela. Fidela, ese vocabulario. Mujer, modérese. Esta noche ponga el mantel de hilo. Y la vajilla de Santa Clara. Hay invitados* La otra muchacha, una extremeña recia que asiste por horas tres días en semana, sólo le da órdenes *Quita la mesa Llévale a la señora estas toallas Coge el teléfono A la niña le gusta el puré ardiendo y la tortilla poco hecha* Ella se azora. Se aturulla. La mandan mucho. La mandan continuamente. Todos le dicen lo que debe hacer. Lo que debe decir. O lo que no. Sobre todo lo que no. Mejor así. Más cómodo. Se siente sola, sin embargo. Echa en falta al abuelo. A Dña. Marga. Al padre. Y la campana de

la iglesia cada cuarto de hora. Y la esfera luminosa del reloj del Ayuntamiento. El crotono de los cigoñinos en marzo. Los ladridos de Futón. El pelo suave de Futón, estremecido bajo sus caricias de lija. Y a la madre. Más que nada. El amor silencioso y seguro de la madre. El amor robusto. Exento de ternura, eso sí. No sabe la madre ser dulce como la señora con la niña. Qué va. Pero la quiere a su manera. La madre. Pendiente de su comida cada día. Y de su ropa. Y de su higiene. La mirada de infinita tristeza cuando se marcha ella, aún con luna, a faenar. *Fíde... ¿Qué, madre? Nada. Que te tapes bien. Y cómete todo. Para crecer y hacerte un roble* Sí, madre. *Ande, acuéstese. Su corazón. ¡Huy, acostarme! Tengo mucho corte Limpieza a fondo Vienen hoy Hay montería Mucho jaleo Ya sabes. Ya. Ya sabía. Demasiado lo sabía. El campo no. No lo echa de menos. El barbecho. O las madrugadas hiriéndole el rostro. La tierra supurándole las manos. No. A los niños torturándola con sus burlas tampoco. De ellos se acuerda menos todavía. Todo está lejos.*

Atrás.

Afuera.

Se acabó.

Riquitispase.

Ea.

Le llega carta de Dña. Marga. Se la lee la señora. Lo siento, le dice. El abuelo. No superó el invierno. A ver. Estaba muy tocado el hombre. Los bronquios. Demasiados esfuerzos. Demasiada escarcha. Demasiado sol en los huesos. Días y días helándose, calcinándose al cielo despia-

dado. Sin descanso. Y el tabaco, claro. Que bien que se lo advertía ella. Abuelo, no fume tanto, que parece un tren mercancías. Como el que oye llover. Bueno era. El abuelo. No puede leerla. Aún no sabe. Tanto trajín en la casa le impide asistir a las clases nocturnas. El señor la ha matriculado. Pero a las ocho ella está rendida, y la academia cae por la calle de la Montera arriba. En la Red de San Luis casi. Caminando es un trecho. Ni pensarlo. No hay estación de Metro cerca de casa. El autobús es caro. Y quiere ahorrar. Por enviar lo más posible a los padres. Además, un día por otro o hay invitados a cenar o debe sacar brillo con un paño a la cristalería o bruñir la plata o se le acumula mucha plancha o ropa por repasar. No ha llegado a conocer la academia. Y cada vez se siente menos capaz de aprender. Se seca las lágrimas con el mandil. Lo lamento de veras, Fidela. Márchese unos días al pueblo si quiere. Esta vez es la madre. El corazón. Le ha fallado el corazón. No, no es preciso que vaya. Ya está enterrada. Ha sido tan de repente. El hermano se ocupa de todo. Y la cuñada. De la casa se ocupan también. Y de la huerta. Se quedan con ellas. A cambio, atenderán al padre. Dña. Marga es escueta. La letra, temblona. Es vieja ya. La madre también lo era. ¿O no lo era? O lo fue siempre. Prometió a la madre aprender a componer palabras para escribirle ella misma. Le avergonzaba dictarle a otro lo que solamente a ella le quería decir. Ya no podría. Ahora le daba igual aprender o no. Sin la madre no tenía por quién esforzarse. El padre no era lo mismo. Tuvo poco contacto con él. Era hombre de palabra escasa. Nunca supo cómo hablarle a una niña. No lloró cuando Dña. Marga le comunicó su muerte. Ni cuando se enteró por la

Eulalia de la muerte de Dña. Marga. No volvería al pueblo. ¿A qué? A ver tumbas y lápidas en las que ni siquiera podría leer los nombres. A acariciar el relieve de unas letras que desconocía y que la dañarían inútilmente. No, no regresaría a la tierra arisca. A la chanza de los niños. A la crueldad de los niños arrancándole de cuajo las entrañas. A la casa. Del hermano y de la cuñada ya. No. No regresaría.

Atrás.

Afuera.

Lejos.

Riquitisspace.

Ea.

Se toma usted una aspirina y riquitisspace, señorito. A hacer puñetas el catarro. Y si no, arréele con el jarro. Una buena merluza y riquitisspace total El señor. Qué distinguido el señor. Qué planta. Y un encanto siempre. Esta Fidela. ¿Cuántos años lleva en casa Fidela? ¿Diez? ¿Veinte? Y la señora. Liviana, que parece que ni se mueve. Un estilazo, la señora. Qué sé yo. He perdido la cuenta. No hemos conseguido quitarle el pelo de la dehesa. No lo sé. Quizá la hemos descuidado. La han descuidado. Sí. La han descuidado siempre. Todos. Por ignorancia. Por falta de posibles. Por desconsideración. Por distancia. Por desidia. Dña. Marga fue la única que... Qué más da ya. La han tratado bien en la casa. Muy bien. Ni una queja. Faltaría más. Todo lo contrario. La niña nunca se ha reído de su gafeidad ni de sus palabras. Las amigas de la niña tampoco. Les hacían gracia sus ocurrencias. Pero jamás se mo-

faron de ella. Y los señores. Qué educación. Exquisitos. Los dos. Y qué respeto. Ella lo agradece. Son su familia. Los quiere aunque no se atreve a decírselo. No sabe cómo. Su poquedad. Igual que la madre. Le pusieron uniforme nada más entrar. Azul marino. Con cuello tieso. Menudo apresto. Y delantal con tira de puntillas. Ahí es nada. Bien apañado. Cuando acompañaba a la niña a las Escolapias de Rosales parecía una alumna más del colegio, tan diminuta y tan arreglada. Si la viera madre. Una señorita. Relimpia. Pulida. Con el pelo estirado hacia atrás, recogido por una diadema de carey. Despejadas frente y orejas. *Cuando sirvo la mesa para los convites -le dijo a la madre la única vez que fue a visitarla a Madrid- me pongo el negro plisado. Un primor, madre. De popelín. Con cuello de encajes. Una señorita, madre. Una señorita su hija* La niña. La niña. Hay que ver, la niña. Un bebé llorón. Gordezuela. Atolondrada. De comérsela de rica. Las tardes muertas en el parque. Jugando a la pelota. O a la comba. Horas aguardando en la salita de espera del Conservatorio, hasta que acaba la clase de piano. Luego, a merendar a una cafetería de la calle Arrieta. Chocolate con picatostes. Mano a mano. Qué tiempos. La niña. Una princesa de jaretas de organza. Por todo lo alto su Primera Comunión. En el chalet de la sierra. Un lujo. Como debe ser. Le hacen fotos y más fotos. Para una revista. O para ABC. Como el señorito es accionista. Junto al retrato tan antiguo del ringo rango ese. El del marco dorado. Agarrando la cortina. En el contraluz del balcón. Mirándose al espejo. Ven, Fidela, hazte una conmigo. No seas esquiva. Esquiva. Qué cosas la llama la niña. Serán los nervios. Que no, que no. Qué bochorno, madre mía. Todos mirándome. Tengo que

ocultar las manos. Que no salgan en la foto. Las manos. Tan feas. Se casa en la iglesia de la gente bien. La niña. Yo la veo ir desde el portal. Me da cosa entrar en ese templo de reyes. Mi niña. Qué bonita. Qué seria. Qué ausente. Los nervios también. Supongo. Esta noche no duermo en casa ya. Vivirá a muchos kilómetros. Se la lleva el intruso. Al extranjero, que está muy lejos. Su cuarto vacío. De su música. De sus bromas *Fidela ¿a que no me encuentras? Búscame, búscame, Fidela.* De su alegría. De ella. La maleta, de fibra, rígida, en el zaguán. Aquí le dicen vestíbulo. Jol algunas veces. Preparadas las bolsas. Con las del entrometido. Bien candadas. Dentro, el futuro. A lo mejor la ilusión. Afuera, atrás, toda una vida. La suya. La de Fidela. Qué guapa. La niña.

Por la ventanilla ve correr hacia atrás las casas los árboles el Paseo de la Castellana Vaya vértigo. *No me lo explíco. No sé de dónde ha salido esa mujercita. Se me ha echado encima. Me ha arrollado ella a mí. Ha invadido la calzada. No he tenido tiempo de frenar. Cruzó sin deber. Con el semáforo en rojo. Dios santo. Dios santo. No la he visto. Lo juro. Se ha precipitado ella. Dios santo* La sirena abre paso estrepitosamente. Los caballitos del tiovivo La torre de la iglesia La Cibeles El nido El reloj del Ayuntamiento de los cigoñinos Colón vacío La botica como la alcoba de la niña Más Castellana La tierra Los letreros de neón huraña La escuela Los armarios olorosos El padre El grosor de las alfombras en el barbecho El abuelo La luz roja girando frente al hogar Dña. Marga Un coche La madre se aparta El quirófano con sigilo La olla

Pasillos con camillas a borbollones Los niños *Míre, madre, la Fidela como una emperatriz. A la grupa de una cama desbocada* Los lápices de colores *Ataviada con gualdrapa de Holanda* Las carteras repletas de libros Un señor con bata verde indescifrables y antifaz. Como en las películas Los sacapuntas La niña Gomas de borrar vestida de novia Lenguas de gato azulonas con manchas de sangre y rosas en los tules Futón La maleta de fibra La maleta de cartón Lo que pesa atada La academia de estudios nocturnos con correa de cuero Su gafedad Las heridas La tierra en la carne supurándole La piel en las llagas El alma de las manos encallecida Todo Su vida Unos dedos equivocada leves Cerrándole los ojos Todo. Todo afuera.

Atrás.

Lejos.

Riquitispase.

Ea.



Lola López Díaz

Et cum spiritu tuo

¡Jamás pensé que pudiera ocurrirme una cosa así! Yo soy militar y ferviente católico. Nunca me han gustado los esoterismos, la parasicología ni nada de eso; me han parecido maquinaciones de mentes enfermas, invenciones de gente sin escrúpulos que quiere hacer negocio aprovechándose de la credulidad ajena. Digo esto para que quede claro cuál es mi postura al respecto y no se piense que soy un ser sugestionable y fácil de engañar. No, todo lo contrario. Cuando alguna vez me han hablado de fenómenos extraños siempre he buscado explicaciones racionales, naturales, fuera de todo misterio. Además, en ésta como en otras cuestiones acostumbro a acatar, al pie de la letra, la doctrina de la Iglesia. Por eso ahora estoy tan confundido y no sé qué pensar. He consultado con algunos sacerdotes, pero me da la impresión de que piensan que soy un ser débil, víctima de alucinaciones y no me toman en serio. Y eso me duele porque soy absolutamente sincero y estoy en mi sano juicio aunque, de seguir así, es posible que lo pierda. ¡Seguro que muchos

hubieran dado dinero por tener una experiencia semejante! Pero yo no. Yo aborrezco este tipo de cosas, nunca me han interesado, por eso ahora no tengo a quién recurrir. Los pocos amigos a los que me he atrevido a contarles me miran con cara de circunstancias y me dan palmaditas en la espalda. Uno hasta llegó a recomendarme que visitara al psicólogo. ¡Yo! ¡Al psicólogo yo! ¡Hasta ahí podríamos llegar! Así que sigo dando vueltas al asunto y rezando mucho que es el único consuelo que me queda. Además, a mí no me hace falta un psicólogo, a mí me hace falta alguien que me dé una explicación de lo sucedido y que me aconseje. Pero ¿dónde está ese alguien? He oído de algunas personas versadas en el tema pero no me fío. Por menos de nada se van de la lengua y me buscan un disgusto con mis superiores. Y no estoy dispuesto, no señor, ¡bastantes problemas me ha originado ya! Y eso que todo tuvo lugar en un cuartel, y que él también es militar, y que tengo testigos que, si no, ya me habían pasado a la reserva. La verdad es que cada vez que lo pienso me parece todo más raro. Porque, vamos a ver, ¿cómo es posible que en vez de darme una habitación en la Residencia de Oficiales me hicieran dormir en un despacho? Y ¿cómo acepté yo tan dócilmente?... Que si no había sitio, que si estaba todo a tope, que si había habido un error, que si era sólo por una noche... ¡tonterías! Pero yo, en vez de pedir explicaciones, porque al fin de cuentas había tenido que desplazarme hasta allí para impartir el curso y tenían que haber sido más previsores, me avine a todo sin rechistar. Además, el lugar tenía algo, no sé, me causó cierto desasosiego. Pero estaba cansadísimo del viaje y me dormí en seguida. Me despertó el chirrido de la puerta

y la luz proveniente del pasillo y recuerdo que, durante unos instantes, me costó ubicarme. Pero la zozobra duró muy poco tiempo. Cuando entró él yo ya estaba completamente lúcido y, es más, no me extrañó mucho su presencia ya que, como estaba en un despacho, no era del todo anormal -dado el revuelo que había- que alguien hubiera olvidado algún papel y fuera a recogerlo. Además, como lo vi uniformado, me quedé tan tranquilo. Sí me chocó su gesto hosco y su falta de cortesía. Se presentó sin disculparse, a pesar de lo avanzado de la noche, e inmediatamente me espetó que tenía que abandonar la habitación, que aquel despacho era suyo. Le expliqué lo sucedido y él, erre que erre, que era su despacho y que me tenía que ir. Hasta que yo, indignado, le dije que hiciera el favor de dejarme en paz, que a esas horas él no necesitaba el despacho para nada, que yo había hecho un viaje larguísimo, que estaba cansado, que al día siguiente tenía que dar un curso, que me dejara dormir y que se fuera a dormir él también. Entonces se puso frente a mí, me miró fijamente y dijo:

-Yo no puedo irme a dormir porque estoy muerto. Me maté hace cuatro días en esa misma cama. Si miras el colchón verás el orificio de la bala.

Dio media vuelta y se marchó. Salí al pasillo detrás de él pero había desaparecido sin dejar rastro. Corrí, empapado en sudor frío, a buscar al oficial de guardia. Mi expresión debía de ser terrible porque cuando me vio, antes de que yo dijera nada, se quedó lívido. Me confirmó lo del suicidio, me acompañó a la habitación, miramos el colchón y allí estaba el orificio de la bala. Al día siguiente no pude impartir el curso. Alegando la indisposición re-

pentina de un familiar, me vine pitando, aterrorizado, y estuve varios días en la cama, con fiebre, sin atreverme a decírselo a nadie. Cuando, al fin, decidí contárselo al médico, que me conoce de toda la vida, me habló del estrés y me recetó un tranquilizante. Mi director espiritual me previno de las asechanzas del maligno. Y mis amigos me mandaron al psicólogo. Y eso que no saben lo peor. Anteanoche me lo encontré en el ascensor. Entraba yo tan descuidado en el ascensor de mi casa y al ir a cerrar la puerta, ¡zas!, aparece. Me dijo que era muy desgraciado, que el destino de los suicidas es fatal, el peor de todos y que, para colmo, el suicidio no arregla nada, que sólo suprimes el aspecto exterior pero que lo demás continúa igual; que estaba desesperado, que no tenía a quién recurrir, que por eso me molestaba. ¿Pueden creer que me dio pena? Tanta, que pensé encargar unas Misas Gregorianas por su eterno descanso. Pues no. Hoy se ha presentado en mi oficina, me ha dicho que es agnóstico y que lo de las Misas no le convence. Que vaya mejor a ver a una pitonisa de Ciudad Real que, según los espíritus con los que habita, es una experta en casos como el suyo. Que, en reciprocidad, me echará una mano con lo de mi ascenso, que él ahora tiene poderes para según qué cosas. Como pueden figurarse, le he despedido con cajas destempladas. ¡Acepta yo semejante ayuda!... Y las Misas las encargo, ¡vaya si las encargo!, se ponga como se ponga. Lo que tengo que preguntarle, la próxima vez que lo vea, es la dirección exacta de la pitonisa, ¡no voy a recorrerme la provincia de Ciudad Real buscándola!... Yo soy militar y ferviente católico, ¿cómo puede ocurrirme una cosa así?

Elisa Romero**De aves/ 1**

Se amaron en revuelo de plumas y de agua.

En saltos jabonosos y amarillos.

Se amaron

con un amor esbelto

de amanecer brotado en zadorijas.

Con un amor de barro

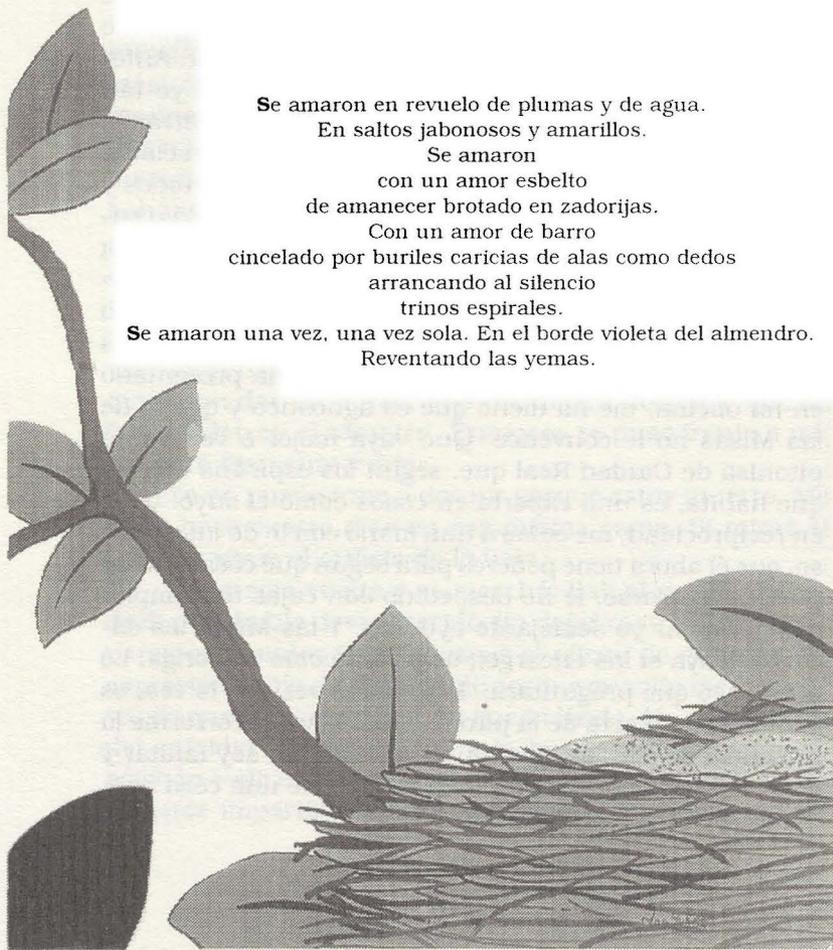
cincelado por buriles caricias de alas como dedos

arrancando al silencio

trinos espirales.

Se amaron una vez, una vez sola. En el borde violeta del almendro.

Reventando las yemas.



Antonio Illán

I

Almudena Galván

(Dedicado a A. I. con quien comparto «religión» tan de tarde en tarde)

Amor en los tiempos de la EEB (encefalopatía espongiforme bovina)

Dios es falible, sí,
nuestro Dios es falible, porque yo, que espero tu tiempo,
nuestro tiempo,
lo mismo que se espera a los navíos,
tengo que navegar entre olas de palabras
que dicen posesión y hechizo, adoración y éxtasis,
inmortal o sublime.

Dios nos falla con la dulzura de la lluvia que nunca se
[seca

y nos impide la aventura en un mundo
sin aventuras.

Sólo el amor. ¡Por fin ahí está la gran palabra!
¡La religión que profesamos!

Será el desquite del ser de las profundidades,
el centro de la vida que se revuelve contra la gran mono-
[tonía,

que huye de las veneraciones ancestrales
y nos pone el sublime rocío irracional en esta existencia
empeñada en llenar cada segundo de razones.

Tus manos de hierba sobre mi cuello son el claror de la
[vida.

El mensaje sobrevive perdido en la botella
con la certeza de que alguna vez lleguen todos los barcos
con los paisajes que reposan en mis ojos. Quiero
oír tu latido, como cuando paseamos abrazados por las
[calles,

en el silencio de un abismo y soñar, mientras los trenes
no devoren las distancias, con largos besos imaginarios.
La inmensidad de los espacios no impide que sienta la

[ola de pájaros
que cantan encadenados a tus manos. Es la caricia
de ese Dios, falible Dios, que nos aleja y nos acerca.

Sentir esta religión que profesamos es vivir
y eliminar el temor

y suprimir la tristeza

y aumentar la alegría. La palabra es amor. Mi voz llena
[tu boca

con los discursos que siempre necesito y, como por una
[fascinación,

esa fuerza, que produce placer y aparta el dolor,
se adueña de la opinión de mi alma, la convence y la

[transforma.
Cuando alcance esta oración la comisura de tus labios,
espérame.

Este Dios falible que nos engaña con artificios
no ha de tejer la noche con nuestras miradas
y, alguna vez, como otras veces,
volveremos a construir un puente
con tu cuerpo, con mi cuerpo,
que nos lleve a otro mundo,
al edén de tu boca y al río subterráneo
que nos recorre como la espuma.
No hay placer prohibido.
El día llegará y ya no será necesario esperar el nuevo sol,
ni recordar sueños transparentes,
ni subir perezosamente al autobús cada mañana.

II

Radwan Zaglul sabe que la vida no es el retrato idílico de la imaginación, por eso en sus versos se recogen libremente todas las impurezas -las realidades- del vivir, aunque no para quedarse literalmente en ellas, sino para abrirse al dolor y a la solidaridad.

Gritos del otro lado del mar

El salón resplandeciente, como si el sol
estuviera en su recinto y la luna coronase
su cabeza, será la residencia
del paraíso al Otro lado del mar.
Sin embargo, al otro lado del mar
sólo arena y roca fría,
un océano de plástico y miedo
a la falta de papeles, allí donde el hombre

acaricia en sus bolsillos el tintineo
de otros hombres de curso legal.
Las flores exhalan aromas
y sobre el agua del río se beben
las copas del amanecer y el anochecer.
El agua asemeja lapislázuli.
A las puertas del Canal de la Mancha
se hacinan miles de inmigrantes
-dicen los periódicos-
para quienes el mar no es azul
y su justicia la dicta el hambre
que les roe las entrañas.
Los surtidores de la inmensa fuente
gimen como una camella tras su cría
y los remolinos de burbujas
parece que juegan al tric-trac.
Los gritos de Africa y de América
avisan del son de la pobreza
y de esas gentes que bajan de la patera
sin la ropa de domingo en una bolsa
y caminan adelante, adelante,
siempre adelante, porque atrás no queda nada.
Cuando las nubes de lluvia
cubren el cielo de ámbar
y el rocío de brocado los jardines,
la igualdad ha dejado ya de ser metáfora.

III**Antón Cainzos**

(A todos y a todas los/las que por poner el acento en el género -gramatical- olvidan el sexo personal)

Los los/las

Desde que vino la moda
de poner sexo al artículo
ando con el trabalenguas
de tantos los/las zurcidos.

Esa gran bellaquería
de los las/los niñas/niños
nos hace tontos morfólogos
que olvidamos el sentido
por ir guardando las formas
de tanti cuanti decimos.

Ya se me trabuca el coco
cuando digo lo que digo
y no sé si digo bien
la/el mujer o el/la marido.

A ver si me componéis,
masculino o femenino,
este chorro de palabras
que va saliendo del grifo:
los/las moscas, las/los chinchas,
los/las hidras, las/los hipos,

los/las copas, las/los soles,
los/las besos, los/las grillos,
el/la testigo, la/el juez,
el/la mar, la/el abismo.

Torrentera sin sustancia,
fórmula sin contenido,
¿qué género tiene amor?
¿femenino o masculino?
¿acaso por un «el» de más
dejareislo en el olvido?

Lola López Díaz

Et introibo ad altare...

Levantó la persiana. Sol. Otra vez sol. Era una pesadez. Todos los días sol. El cielo estaba raso, sin una nube. No lo podía soportar. La gente decía que el sol era una maravilla, que era vida, alegría... Y aburrimento, añadía él. Un día de sol era idéntico a otro día de sol. No había matices. En cambio, con la lluvia había cientos de posibilidades: desde el sirimiri hasta la tromba de agua, desde el grisáceo hasta el negrísimo, y todo tipo de nubes, ¡dónde iba a parar! Lo malo era que con semejante tiempo no le quedaba más remedio que salir. Le daba cargo de conciencia quedarse en casa encerrado entre cuatro paredes. Desayunó y se aseó sin prisa. Cuando acabó de arreglarse bajó a la calle y se encaminó al kiosko. Compró un periódico, se sentó en un banco y empezó a mirar maquinalmente los anuncios. Sabía que era perder el tiempo, pero se consideraba obligado. Después, lo dobló cuidadosamente y lo depositó en una papelera. Se alegraba de que no hubiera nada que pudiera interesarle. Las pocas

veces que había aparecido alguna oferta de trabajo apropiada para él lo había pasado fatal. Había mandado cartas primorosas, currículos espléndidos, documentación exhaustiva... Jamás le habían contestado. Ni una sola vez. Así que prefería no hacerse ilusiones y ser realista. Nunca encontraría trabajo. Nunca.

Al principio, esa certidumbre le producía un gran desasosiego, una angustia profunda. Todos tenían un lugar en el mundo menos él. Todos desempeñaban alguna actividad menos él. Todos servían para algo menos él. Todos percibirían jubilación menos él. La preocupación no le dejaba dormir y cuando conseguía conciliar el sueño, tenía pesadillas horribles y se despertaba sobresaltado, con un nudo en el corazón: no tenía trabajo ni lo iba a tener nunca; con suerte acabaría limpiando parabrisas o vendiendo pañuelos de papel en los semáforos. La situación empeoraba a medida que pasaban los meses y el final del seguro de desempleo se acercaba. Hasta que un día, cuando iba en el metro a la oficina del INEM, entre las estaciones de Alfonso XIII y Prosperidad, se iluminó. Así como suena. Se iluminó. Igual que San Pablo camino de Damasco. Exactamente igual. No se cayó del caballo, claro; evidentemente, no iba montado en ningún cuadrúpedo. Pero tuvo que apoyarse en la pared porque le dio una especie de vahído, un vértigo, un repelús extraño. Su destino se le había dibujado con claridad meridiana. Todo era congruente. Todo encajaba. Había hecho falta un periodo de oscuridad para que su mente despertara, para que sus oídos fueran capaces de oír, para que sus ojos pudieran ver que su único camino ¡era Dios!

Sí, pero ¿qué Dios? Pasada la primera sorpresa, tuvo

que enfrentarse al arduo problema de elegir una religión en la que encarrilar su vida. Le gustaba mucho el Islam. Ser muecín y llamar a los fieles desde el alminar, en un paisaje de palmeras, cúpulas y minaretes, le atraía sobremanera. Además, había sacado sobresaliente en árabe en la Facultad, ¡qué ocasión para ponerse al día y leer a los poetas clásicos en versión original! Claro que, hablando de idiomas, si seguía la senda del Hinduismo, podría terminar de aprender sánscrito que era su asignatura pendiente. El Budismo, en cambio, no le llamaba la atención. Los textos estaban en pali, que no le interesaba, y lo de llevar un hombro siempre descubierto... El Protestantismo tampoco: ni lenguas prestigiosas, ni tradición milenaria, ni parafernalia alguna. La Iglesia Ortodoxa sí parecía de más fundamento pero no se veía de pope. Se pasó unos días sopesando los pros y los contras de las distintas opciones, para llegar a la conclusión de que la más adecuada, dada su formación, era la Católica. Tenía conocimientos dilatados de Latín, Griego, Filosofía, Arte, Historia, Literatura, Paleografía... ¿qué mejor sitio que un Monasterio? Además, ¿no había ayudado siempre la Iglesia a los niños pobres que querían estudiar? ¡pues ahora le tocaba ayudar a los hombres que ya habían estudiado! Y que, precisamente por eso, eran pobres. Igual hasta hacía carrera y llegaba a Abad o a Padre Prior... Se había dado un mes de plazo. Si en ese tiempo no encontraba trabajo empezaría a buscar convento.

El mes estaba a punto de acabar y no había encontrado trabajo. Se acercaba el momento de decírselo a su mujer y a sus hijas. No iba a ser fácil. ¿Cómo hacerles comprender que era lo único que podía hacer por ellas?

¿que él era una rémora, una carga, plomo bajo sus alas? ¿que estarían mucho mejor solas? Con el sueldo de Marisa podrían arreglarse las tres. Pero no los cuatro. Y Marisa se merecía encontrar un hombre que le proporcionara una vida agradable y cómoda. Aunque no la quisiera tanto como él. Él tenía que desaparecer, esfumarse, quitarse de en medio. Antes de que su presencia les resultara odiosa. O perjudicial. Y no podía suicidarse. No quería dejar a las niñas semejante estigma. Ni tampoco el de tener un padre desocupado o desempeñando actividades ignominiosas. No. Era mejor un padre monje. Por extravagante que resultara.

Caminaba sin rumbo. Evitando pasar cerca de Oficinas de Empleo y similares. No estaba dispuesto a soportar una humillación más. No volvería a ser rechazado para trabajos miserables por el mero hecho de ser un hombre culto. Nunca más. Caminaba sin rumbo. Se había levantado viento. Y con él habían llegado nubes. Muchas nubes. Cada vez más negras. Después, unas gotas gordas. Y, por fin, la lluvia. Una lluvia recia, tupida, fuerte. La gente corría a refugiarse. Él no. Él paseaba por medio de la acera. Chapoteando en los charcos. Empapándose. Calándose. Anhelando que la lluvia lo traspasara, lo anegara, lo disolviera, acabara con él. Y lo convirtiera en un ser capaz de afrontar el destino del que -él sabía- era mensajera.

Ángel del Valle Nieto

Romance del mus

Verás: se dan cuatro cartas
y son cuatro jugadores;
en total son dieciséis
«instrumentos de primores».
Puede que ninguna sirva:
pues se cambian por mejores.
A ello se dice «dar mus»
hasta que un «traidor» lo corte.
Se juega de compañeros,
uno «rico» y otro «pobre».
Hay uno que manda y habla.
Hay otro que más bien oye
y que, a la chita callando,
gana más que el que da voces...
En el centro de la mesa
tiemblan «los chinos», los pobres,
que, según se los sitúe,
de «amarracos» tendrán nombre.
Cinco de aquellos son uno

de estos «amarracos» norte
pues te indican y señalan
el camino que recorres
y que termina en cuarenta,
o en treinta, según regiones.
En total ciento sesenta,
o ciento veinte «estaciones»,
donde tienes que llegar
primero con dos c... (quitar, quitar)
Digo: a fuer de tus emociones...

«Quien corta envida» blasona
el jugador que hizo el corte
y lo dice con un tono
que todo el mundo se esconde.
Juega primero «la grande»
que con reyes hace Corte.
(Con reyes y con los «treses»
que hacen su número doble.)
Se juega después «la chica»:
«pitos» y «unos» la soporten.
(Son los ases y los «doses»,
lamento que tú lo ignores.)
A continuación, «los pares»:
ya son palabras mayores.
Si son tres, se llaman «medias»;
si de dos a dos se cogen,
«duples» reciben por nombre.
Es su jugada mayor
y es difícil su remonte.
Después el «juego» y su escala
decreciente de valores:
desde la gran «treinta y una»
a «treinta y tres inferiores»,
pasando por unas cifras
que no dan más que sudores.
(La gran jugada del «juego»
lleva de «real» el mote
y se forma con tres sietes

y una figura sin nombre.
 ¡Y vale tanto, la tía,
 que gana hasta siendo «postre»!
 Mas existe otra más rica,
 la mejor de las mejores:
 la forman tres reyes, tres,
 con «pito» que los corone
 y se la llama «bonita»
 o «el solomillo», ¡buen nombre!
 ¿Y si no se alcanza «el juego»
 por haber cifras menores?
 ¡Nos queda el punto, buen mozo,
 y el que más se acerque a «treinta»
 se juega hasta los riñones!
 (Y si no quieres al «punto»,
 «punto y cagueta» se pone
 aquél que en él te «envidó
 y así señala tu porte ...)
 ¿Cómo te apuntas los «chinos»?
 Con tacto y sin los temores
 que te da la valentía
 de los buenos jugadores:
 Si a la jugada que «envidas»
 nadie, por mor, te responde,
 pues arañas un «chinito»
 y a buen recaudo lo pones.
 Si a tu ataque un «enemigo»
 te contesta en tono noble,
 la apuesta se irá subiendo
 como la luz por los montes
 hasta alcanzar la palabra
 más gruesa de todo el orbe:
 «¡órdago!»... Y se calla el mundo
 y comienzan los sudores:
 te estás jugando tu orgullo,
 tu inteligencia y tu nombre...
 El silencio se hace espeso
 y no hay nada que lo corte.
 Te lo estás jugando todo.

si aciertas, eres un hombre.
 Y si pierdes ... ¡madre mía,
 no hay mártir que lo soporte!

Esto es el mus: ciencia y arte,
 astucia, audacia y ... ¡valores!
 Y... «paciencia y barajar»
 si las cartas dicen «nones».
 En él no te juegas nada
 de dinero, se supone:
 un café, unas cervezas,
 y aun otras consumiciones.
 Pero te juegas la honrilla
 y tus «esencias» más nobles:
 tu inteligencia, tu astucia;
 de jugador, el renombre
 y un íntimo y sano orgullo
 para despreciar al pobre
 jugador que, en su imprudencia,
 osó medirse a tal hombre...
 (Y el rival: igual de bueno,
 con las mismas intenciones:
 que aquí te gana cualquiera,
 aunque se digan peores ...)
 Si, por fin, el triunfo alcanzas,
 todo son risas y honores
 Y te levantas, ufano,
 de tu victoria y tu nombre,
 mientras en el lado opuesto
 quedan los dos perdedores,
 denostados y aguantando
 «pitorreos» sufridores
 y dándose el uno al otro
 un río de explicaciones.
 ¡Ay, pobres de los vencidos,
 de bromas soportadores,
 discretas y suaves bromas
 que duelen como rejonés!

Mas todo termina ahí,
sin «llegar nunca a mayores»:
cuatro al buen mus bien jugaron
¡y quedan como señores!

¿Al mus juegan las mujeres
o sólo es «cosa de hombres»?
Ya lo creo que lo hacen
y lo juegan como dioses
(diosas hube de decir,
mas la licencia dejóme,
respetando lo asonante,
cambiar una «a» por «e»,
sin que dicho masculino
al femenino le roce.)
¡Juegan bien, yo te lo digo,
pues he sufrido el azote
de sus victorias y risas,
sus envites peleones,
sus «señas» nunca pilladas
y sus órdaños traidores,
pues nunca sabes si llevan,
que tú, las cartas mejores!
¿Qué de eso de las «señas»
no te he dado explicaciones?
Pues, es verdad, se ha quedado
olvidado en los rincones
de este romance plagado
de tantas imperfecciones.
Te diré: cada jugada
tiene sus indicaciones,
que dirás al compañero
sin que el rival te las tome.
Para eso está la «seña»
para ocultar jugadones,
que sólo tu compañero
sepa de lo que dispones.
¿Las principales? Guiñar

un ojo que casi escondes
cuando llevas «treinta y una».
Un hombro puedes mover
si lo que llevas es «treinta»
y de «duples» los valores
con las cejas has de hacer:
en arco las dos ya pones
sin que te dejes de ver...
¡Hay más! «Ya lo sé, buen hombre;
¡quédese para otra vez!»
Continuamos, señores:
¿Qué si juegan bien las damas...?
¡Lo bordan!, nunca lo ignores.
Y no pienses, insensato,
que en el mus son inferiores:
¡en ningún sitio!, ¿te enteras?
¡en ningún sitio!, ¿me oyes?
Pues, ¡hala!, reparte cartas
y, al terminar, me respondes.
Verás, verás, quién se cuelga
en lo del mus los galones...

Tu cumpleaños

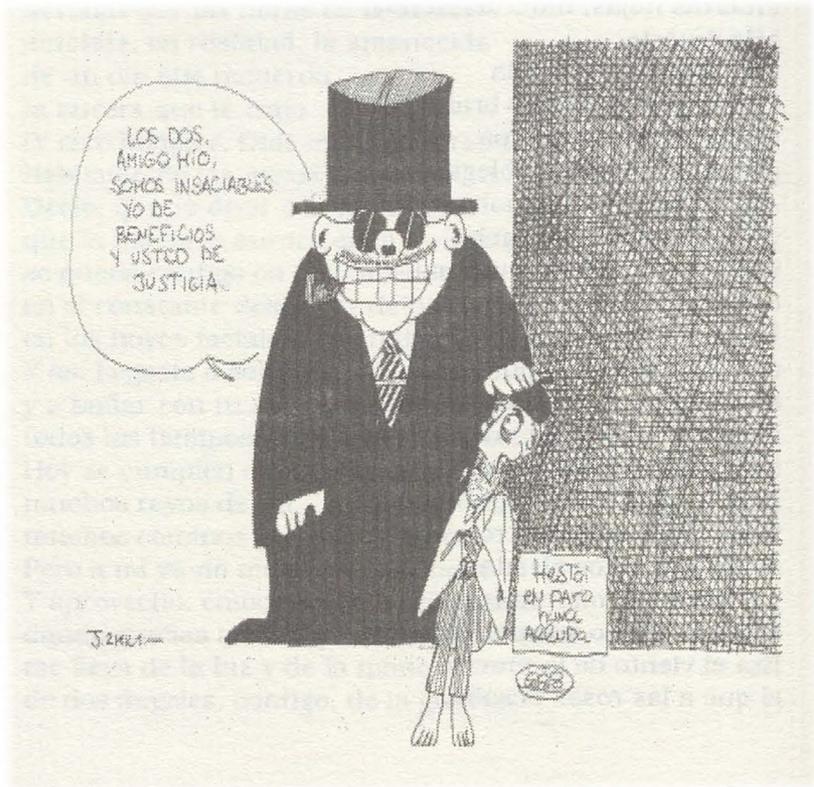
Ahora empieza ya,
mientras habla el ponente de reflujos
y las cajas de «Pepcid»
esperan en la sombra su reparto;
ahora que se marchan las espesas telarañas
del dolor de cabeza
llevadas por las horas de la tarde,
empieza, en realidad, la amanecida
de un día que recuerda
la aurora que te trajo.
(Y este hombre, Dios mío, mientras tanto,
hablando de los «picos de acidez»...)...
Decía, quería decir o lo intentaba,
que la luz de la aurora en que viniste
se quedó contigo en tus cabellos,
en el constante despertar de tu sonrisa,
en los hoyos faciales que indican tu alegría...
Y así llegaste a ser el alba de mis días
y a bañar con tu sol y con tu luz
todos los tiempos que Dios me dio contigo.
Hoy se cumplen de aquello muchos años,
muchos rayos de sol,
muchos caminos.
Pero a mí ya no me duele la cabeza.
Y aprovecho, emocionado, a recordarlo
dando gracias a Dios que, desde entonces,
me lleva de la luz y de la mano
de dos ángeles, contigo, de la guarda.

Sólo muerte traía el viento fuerte,

sólo muerte:
vainas de semillas muertas,
muertas hojas, muertas ramas,
sólo muerte.
Sólo su ruido era vida
que entre los chopos bramaba;
tan violenta era su voz
que a los troncos doblegaba.
-Sí, sí, decía el magnolio
y sus frutos le entregaba
y él, el viento de la muerte,
con fuerza se los llevaba.
Todos los árboles, todos,
a su paso se inclinaban,
doblando sus altos fustes
mientras su fronde humillaban.
Sólo dos pequeñas rosas
ante el viento se plantaban.
Eran dos rosas muy rojas
sobre sus tallos alzadas
y el rosal las mantenía
sobre el viento levantadas.
Era el viento de la muerte
el que a las rosas besaba.

Era el viento de la vida
el que ellas salvaguardaban.
Cuando se calmó el primero,
el suyo las coronaba.

- « Sólo muerte nos trajo el viento fuerte,
sólo muerte,
¿te acuerdas?». Y lo olvidaban...



Damián García Fente

El secreto de MAB

Aunque se llamaba María, la llamábamos Mab. Le pusimos el nombre un día que Suso nos enseñó un libro, que le había traído su tío Xaquín de América, sobre el rey Arturo, Merlín y los esforzados caballeros de la Tabla Redonda. En uno de aquellos grabados vimos a una mujer de enigmática belleza, vestida de negro, con el pelo suelto y largo, ondeando encrespado al compás de la tempestad. En ese momento pasó ella en dirección a la taberna de Benigno.

-¡Mirad, es como Mab!- gritó Manuel. Y todos empezamos a corear el nombre, mientras alguno, siempre el más cobarde, le lanzaba un canto rodado.

Desde entonces, comenzamos a tejer historias y fábulas en las que Mab era una bruja, que vivía en las lindes de la aldea, junto a la fuente de las Ánimas, alejada de la mirada indiscreta de la gente, para poder así concertar sin estorbo alguno sus citas con el diablo y realizar sus hechizos o enviar sus males de ojo a las mujerucas del pueblo con total impunidad, o en noches

de tormenta y aquellarre invocar desnuda al buco y cabalgar ebria de gozo sobre él, mientras la Santa Compañía peregrinaba errante por la fresneda.

Y es que el misterio y el silencio rodearon siempre por completo a María. Cuando se mencionaba su nombre en el plantío, todos los hombres esbozaban una enigmática sonrisa o un guiño de complicidad, y las mujeres callaban o escupían algún insulto. A los zagales, todos esos misterios de los mayores nos traían sin cuidado, y cada vez que íbamos por el prado o por el acantilado, fantaseábamos con las historias de Arturo y sus caballeros, y siempre en nuestras aventuras aparecía la maligna figura de Mab, transformada ahora en una horrible hechicera, con una verruga sobre su nariz ganchuda y arrugada, que intentaba encantarnos y convertirnos en piedra o en cerdo. Pero al final, en el momento crucial, siempre llegábamos algún caballero al rescate, habitualmente Suso o yo, que para eso éramos los mayores, y así impedíamos que la invisible figura de la bruja consiguiese sus malévolos propósitos.

Rara vez bajaba María por el pueblo. Vivía en una casona de las afueras, a la derecha del camino de cantos que ascendía hacia el acantilado, heredada de una antigua matrona que regentó su negocio de dar de mamar a los hijos del señor de Pondal hasta que se le cayeron los dientes y se secó por completo. Las lenguas de bicha decían que era hija del viejo señor, aquejado de una sífilis que se trajo de uno de sus viajes a París, y de la matrona. Lo único cierto es que un día apareció María en el coche de tiro del señor de Pondal. Y como si abandonase el mundo para ingresar en un convento, entró en la casona que

ahora era su morada o su cárcel. Estaba asistida por una vieja sirvienta, la Maruca, que la ayudaba en las labores del hogar, y era la única compañía que tenía en aquel caserón. A medida que Mab parecía más radiante cada día, la Maruca se arrugaba y encorvaba cada vez más y parecía que quisiese abrazar la tierra con sus sarmen-tosas manos caídas. Suso siempre nos decía en un susur-ro, con un halo de misterio, que era que Mab le sorbía el alma todas las noches un poquito para así parecer más joven y que no se supiese la verdadera edad que tenía, que era de diez siglos por lo menos. Solía aparecer una vez por semana para aprovisionarse de víveres. El primer domingo de cada mes bajaba a misa, y el párroco, don Mingo, se santiguaba cada vez que la veía entrar en la iglesia, más por temor a que se organizase alguna trifulca entre ella y las mujeres, que por los supuestos poderes demoníacos de la bruja. También se dejaba ver por la ro-mería de San Martín, siempre cubierta con una mantilla negra, ajena y apartándose de las miradas de los hom-bres. Sólo intercambiaba algunas palabras con su confe-sor, don Mingo, o se detenía ante el galanteo tosco del señorito don Cipriano, sobrino y único heredero del señor de Pondal, con el que intercambiaba un formal saludo y una tímida sonrisa. También se la podía ver cuando tenía noticia de la llegada del Conde de Estoril, un buhonero que traía todos los últimos sábados de cada mes sus últi-mas compras y adquisiciones en las ferias de la comarca. María, acompañada por su perrillo fiel, la Maruca, acudía para comprar y regatearle las telas más delicadas y los perfumes más embriagadores. El conde de Estoril -de nombre verdadero Candauro Souto, oriundo de Porto- era

un rufián al que le faltaba un ojo y sonreía con un diente de oro, único faro de luz en su cavernosa y lóbrega caverna, de la que surgían miasmas más propias del infierno que de boca humana. Le faltaba también el dedo corazón de la mano derecha, que, después de haber tragado más de veinte tragos de aguardiente, siempre nos enseñaba secretamente, metido en una cajita de latón, y que según él no llegó a perderlo porque fue más listo que el mismísimo diablo que se le apareció camino de Monforte para que le vendiese su alma. Tras la sorpresa y susto iniciales, con ese dedo, le hizo una higa e invocó, a la vez, a su Santiña particular, la Virgen de los Desamparados y de los Siete Puñales -advocación que cambiaba continuamente, aunque el fin de la historia fuese siempre el mismo-, agarrando con fuerza la mugrienta y borrada medalla que se perdía en la pelambrea de su pecho. El diablo, enfurecido ante tamaño desplante le lanzó un sopapo, qué digo, un tajo con una de sus grandes manos, y una de sus uñas, afilada cual cuchillo de matarife, le cercenó el dedo, antes de desaparecer entre maldiciones y bufidos de salitre y azufre. Nosotros, a pesar de haberle oído contar cientos de veces la misma historia, le insistíamos e insistíamos a contarla una vez más, como si nunca antes la hubiésemos escuchado. Y así lo parecía, pues siempre introducía algún episodio nuevo o le incorporaba una intriga distinta que tenían la virtud de que el relato resultase siempre otro. Era tal su poder de invención y mucho mayor si estaba acrecentado por un buen aguardiente. Se hacía llamar así porque según él, el rey, nuestro señor don Alfonso, le había enviado en misión secreta a Estoril para que vigilase al pretendiente Carlos y por eso y por

otros asuntillos que nunca contaba y que parece ser pertenecían a secretos de alcoba real, le había concedido dicho título. Cada vez que se le acercaba María la atendía siempre con mucho respeto y la consideraba como una de sus mejores clientas, aunque sólo fuese por el gasto que siempre le hacía o subyugado por sus delicados ademanes. Siempre se demoraba con ella más que con cualquiera de las mujeres del pueblo, a pesar de las malhumoradas protestas de éstas. Se quedaba embelesado regateando con ella, por unos míseros reales, blondas, cenefas y tejidos que ella tocaba con sus delicados dedos, y siempre con una sonrisa teatral de fastidio se dejaba vencer ante la amorosa insistencia de ella, diciendo que con clientas como ella no podía sacar ganancia ninguna, pues siempre se lo vendía todo a un precio por debajo de lo que a él le había costado. Ella sonreía y le daba las gracias y un leve apretón de manos que nos hacía sentir celos y envidia a los muchachos que por allí huroneábamos en busca de alguna estampa, espada mellada o curiosidad que nos interesase para nuestras correrías. Las compras de María al conde de Estoril eran como un ritual para ambos, pues a las negativas y aspavientos de él, siempre le sucedía una firme propuesta de ella, pero aderezada siempre por una de sus delicadas sonrisas. Y así se estaban más de una hora, y se hubiesen estado hasta el anochecer, si hubiera sido preciso, hasta que él, como era costumbre, cedía al final. Comencé a ser la envidia de mis camaradas de correrías el día que mi abuelo Cidrán, aquel que estuvo en la guerra contra el moro en compañía de Prim, me encomendó llevarle todas las mañanas una cántara de leche a la señorita María. Aquella noticia me turbó y la

noche anterior a mi primera visita a aquel caserón no pude dormir. Cuando se le conté a Suso percibí en sus ojos un destello de envidia que pronto disimuló, para pasar a advertirme de los peligros que podía correr si Mab me tocaba o me robaba un pelo: mi alma sería su esclava para siempre. Las advertencias de Suso y mis nervios me hicieron imaginar aquella noche sombras aterradoras que se colaban por entre las vigas del tejado, que alargaban sus escuálidas y horripilantes garras y tentáculos queriéndome estrangular o arrancarme alguno de mis cabellos, por lo que me escondía rápidamente debajo de las sábanas. Cuando cerraba los ojos, y el cansancio vencía a la vigilia, veía a María sonreír al recibirme en la entrada de su caserón, mientras me hacía pasar a su interior. Nada más traspasar confiado el umbral de la inmensa puerta de madera, una corriente helada me recorría la espalda y un estruendoso portazo me anunciaba que estaba atrapado en la guarida de Mab. Al volverme, ya no estaba María, sino una horripilante mujer que me alargaba sus horribles manos, de dedos largos y huesudos, rematados en unas corvas uñas, entre una algarabía de chirriantes carcajadas. En ese momento me despertaba con el corazón en la boca y con los ojos que parecía que se querían salir de sus órbitas ante el insoportable retumbar de la sangre en mis sienes, e intentaba mantenerme despierto para no caer en poder de la bruja. A pesar de mis temores nocturnos, me sobrepuse a ellos con el canto del gallo y me armé de valor imaginándome ser Lanzarote del Lago que iba en busca de aventuras a un castillo encantado donde la malvada Mab tenía prisioneros y hechizados a la mayoría de los miembros de la Tabla Redonda,

convertidos en cerdos o gallinas. Cuando llegué a la casa, aporreé el aldabón con determinación. Sin embargo, cuando sentí que se entreabría la puerta di un salto atrás. Apareció María sonriendo y cuando le alargué medrosamente la cántara de la leche casi se nos cayó al suelo, emprendí la huida en cuanto sentí el roce de sus dedos. Tras sufrir la reprimenda de mi madre y algún que otro pescozón de mi abuelo, volví al día siguiente a la funesta casona de mis peores pesadillas. Como el día anterior me recibió María. Ese día apareció arrebujaada en una toquilla negra, pues la mañana se había levantado muy fresca por el relente de la noche y la niebla aún no se había levantado. A pesar del ambiente fantasmal que nos rodeaba, aquel día resistí como un valiente, con los pies en posición de firme, a pesar del gurrullo que me encogía el estómago, aunque cuando le acerqué la cántara evité sus ojos por temor a ser encantado. Con el paso de los días mi miedo fue dando paso a otro tipo de turbación. Cada día me sentía más a gusto con el encargo de llevarle la leche. Me levantaba con el alba y salía corriendo al hórreo de mi abuelo, que ya había ordeñado a las vacas poco antes de salir el sol. Después de desayunar una rebanada del pan horneado por mi abuela, cubierto de la succulenta nata que cubría la leche, me encaminaba al caserón de María. Y a pesar de lo temprano de la hora siempre estaba levantada, con unas leves ojeras como de haber pasado la noche en vela, que acentuaban un poco más su enigmática belleza. Empecé a creer que el hecho de que me recibiese ella era un honor para mí, un reconocimiento a mi valía. No me consideraba un recadero más, porque nunca me recibía Maruca, sino ella, que siempre me obsequiaba con

una sonrisa o una dulce palabra. Incluso, con los días, mi confianza era mayor y ya traspasaba la frontera de la puerta, sintiéndome completamente seguro dentro, con la certeza interior de que no me iba a pasar nada malo allí en sus dominios. El interior de la casona era distinto a cualquiera de las casas de la aldea. No había rastro de aperos de labranza ni presencia de animales sueltos o de su paso, como era normal en nuestras casas, sino que gracias a la tenue luz que se filtraba por entre los finos visillos de encaje se distinguían elegantes muebles y lámparas que me anunciaban la existencia de otro mundo más allá de nuestro pueblo mucho más acogedor. Sus leves ademanes, su constante delicadeza, su suave voz fueron minando progresivamente mi desconfianza y fueron convirtiéndome poco a poco en su más devoto servidor. Cuanto más me adentraba en el mundo de María más me alejaba del mundo de Suso y mis amigos. Comencé a apartarme de ellos y a buscar en las soledades de la fraga y el acantilado remedio a los escozores que me iban consumiendo el cuerpo y el alma. Tras ayudar a mi padre en las faenas del campo, me escapaba corriendo sin esperar a mis camaradas y buscaba los rincones más escondidos del bosque o las rocas más apartadas del cantil, donde no me encontrase nadie o al menos les costase, si lo conseguían, alcanzarme. Y en aquellas soledades comenzaba a rumiar siempre la misma imagen: María. Siempre presente en mis ensoñaciones, adoptando distintas figuras, pero siempre ella... Y yo... Al principio, me asaltaba sólo su imagen, idéntica a como la veía cada mañana. Sin embargo, poco a poco fui imaginándomela con otros vestidos y apariencias, y comencé a fantasear histo-

rias en las que ella siempre sufría alguna situación peligrosa y llegaba yo a tiempo para rescatarla del apurado trance. Tan pronto era un caballero con resplandeciente armadura que la libraba de un encantamiento o de un feroz dragón, como un apuesto y galán pretendiente que me batía en duelo por limpiar su honor, ultrajado por alguno de los hombres del pueblo. Cierta día que creía haberme escondido lo suficiente de mis antiguos colegas de correrías, fui sorprendido por ellos mientras estaba sentado apoyado tras un roble. Suso me dio una patada en las piernas mientras los demás comenzaban a saltar y a corretear a mi alrededor. Me levanté furioso y de un empujón tumbé a Suso. Él se levantó con presteza agarrando una piedra del suelo, mientras los demás le jaleaban para que se enfrentase conmigo. Sin embargo, los dos nos quedamos en una tensa espera, con los puños apretados, levemente agachados, vigilando y estudiando los movimientos del contrario, mirándonos fijamente a los ojos, como una fiera observa a su víctima antes de abalanzarse sobre ella. Lentamente, Suso dejó caer la piedra y se fue incorporando sin apartar su mirada. Yo permanecí alerta.

-Eres un traidor. Nos has abandonado por esa bruja. Te tiene encantado y te está chupando la sangre y el seso como una meiga chuchona... Sí, eso es, porque Mab es una meiga chuchona que te bebe la sangre.

Le seguí mirando con furia. Apartó su vista un instante de forma casi imperceptible, pero rápidamente se rehízo y riéndose empezó a andar dándome la espalda y repitiendo lo de meiga chuchona, seguido y coreado por los demás. Cogí un canto para tirárselo a la cabeza, pero

no me pareció de caballeros atacar por la espalda, así que le dejé marchar, convencido en mi interior de que le había derrotado al no aguantar mi mirada. A partir de ese día, me dejaron en paz, en total libertad para sumergirme en mi mundo de fantasía en donde vivía las más inverosímiles e increíbles aventuras y en donde Mab o María eran el centro de mis sueños y de mi corazón. Cierta día falté a mi recado diario en casa de María. Con todo mi pesar, había partido a la alborada con mi padre hacia la aldea pesquera en la que vivían mis tíos. Mi padre había abandonado su juventud en el mar entre las redes de pesca, por la azada y las vacas de mi abuelo al casarse con mi madre. Sin embargo, siempre añoró el mar, y siempre que podía bajaba a ver a su familia y al mismo tiempo darse un baño purificador en la sal y el olor a brea y pescado podrido del pequeño puerto en el que anclaban las naves antes de la faena, y así librarse del olor a estiércol y patatas que le cubrían la piel. Muchas veces estuvo tentado de abandonar el hogar, pero los siete hijos que tuvo con mi madre, y la seguridad que le daban el terruño y el ganado de mi abuelo fueron mitigando su morriña por el mar. A pesar de ser hombre de pocas palabras, cuando se sentía eufórico tras haberse metido entre pecho y espalda unos cuartillos de buen vino blanco, nos asustaba con historias fabulosas sobre seres de las profundidades o nos relataba sus desventuras en medio de algunas tormentas que tuvo que sortear en el viejo bote de su padre para evitar hundirse en sus aguas. Aquella mañana la visita era por otro motivo, mucho más doloroso, y es que mi tío Fabián, su hermano pequeño, había desaparecido en medio de una de las fuertes tormentas

que nos estaban azotando por aquella época del año. Al llegar, sus compañeros de cuadrilla nos dijeron que a causa del vendaval se había enganchado en una de las redes y que el furioso oleaje, con un embate violento e inesperado, lo había arrastrado con él hacia el fondo de las aguas. Como hombre de mar, mi padre sabía que su hermano había muerto y que sólo el desprecio del océano devolvería el cuerpo sin vida de mi tío cuando se hubiese cansado de él, dejándolo abandonado como un guiñapo sin vida en cualquiera de las rocas de la costa, como un espantapájaros que avisase a los incautos de la conveniencia de no adentrarse en sus aguas. Mi padre, sin embargo, siempre contaba otra historia. Decía que la mar era una mala novia y que celosa de las mujeres que se casaban con los pescadores, terminaba arrebatándolos de la tierra y de los barcos para llevárselos a sus reinos sumergidos para vivir con ella, sin darse cuenta de que lo que hacía con su locura era matarlos y no poder disfrutar de su compañía. Por eso, siempre terminaba dejando tristemente sus cuerpos, lejos de sus dominios, otra vez en tierra. Estuvimos toda la mañana consolando a mi tía y a mis primos o recibiendo los pésames de las gentes del lugar. Tras la comida, mi padre se despidió de mi tía, presa para siempre en el mundo del dolor, así como del resto de mis tíos, con la promesa de volver a la mañana siguiente. Al llegar, y después de ponerme otras ropas más cómodas, me alejé para disfrutar de mis soledades, evitando la compañía de Suso y de los demás que habían emprendido una batalla campal contra un gato en la calleja principal. Sin ser notado, salí y me dirigí hacia la cumbre del acantilado. Me adentré entre las breñas de la fraga y por una serie de

atajos y vericuetos llegué ante la explanada que descubría el lugar donde el mar se unía con el cielo. El aire húmedo traía el olor de la tempestad que comenzaba a cernirse amenazadora sobre el mar, provocando que poco a poco las tinieblas fueran ganando terreno a la luz. En aquellas costas muchos barcos habían encontrado su fin, empujados por el mar hacia los acantilados que erizaban la costa. Las rocas de silencio eran mudos testigos de aquellos naufragios. La fantasía de mi padre decía que aquellas rocas silenciosas eran las almas de los naufragos, condenados a ver cómo otros morían igual que ellos sin poder avisarles del peligro. Contemplaba absorto el paisaje, cuando oí un tenue rumor de pasos sobre la hierba. Rápidamente me escondí entre el follaje que cubría una pequeña hondonada desde la que se podía avistar todo lo que había en la explanada. Mi sorpresa fue mayúscula al ver acercarse a María. Caminaba descalza, dando leves pasos hasta llegar a la hierba mullida de la cumbre, con un vestido negro, arropada en una toquilla del mismo color, el largo cabello negro suelto ondulado flotando como un estandarte mecido por el creciente viento, libre sin las ataduras de las horquillas que la aprisionaba todo los días el pelo. Se acercó tanto al borde del acantilado que temí fuese a caer. Sin embargo, se detuvo y mirando al mar abrió los brazos y echó la cabeza atrás. En aquel momento me pareció que María era en efecto la encarnación de la reina Mab. Era idéntica a la ilustración de aquel libro. Sus brazos abiertos en cruz, cubiertos por la toquilla, le daban el aspecto de una alas negras que se desplegaban antes de emprender el vuelo. Parecía que invocaba a la tempestad que se acercaba y que ya era anunciada por

algunas gotas de lluvia. En verdad, que en aquel momento pensé que Mab invocaba a la tempestad para hacer naufragar a los frágiles barcos de los pescadores que habían salido aquella tarde, como la tarde anterior en que mi tío había desaparecido. En aquel momento se dio la vuelta y la vi sonreír y abrazarse su vientre. Aquella sonrisa me trajo de nuevo la imagen de María, no la de la perversa reina Mab. Su apariencia era mortal, nada sobrenatural, lo cual me tranquilizó. Sin embargo, había algo extraño en todo ello, y sobre todo cuando la oí cantar por primera vez. A pesar de la fuerza del creciente huracán, su voz era de una extraña dulzura, que se quebraba por momentos como un cristal y que entonaba una a ratos triste melodía que se trocaba en ocasiones en una tierna cantinela que me recordaba las nanas que cantaba mi madre a mis hermanos pequeños. Decidí salir de mi escondite, acercarme a ella y preguntarle el motivo de su alegría, cuando oí el crujido de una rama cerca de mi escondite. Me aplasté todo lo que pude sobre la tierra. Apenas a unos pasos, sentí el pisar recio de unas botas y de un cayado de acerada punta que se hundía con fuerza sobre el barrizal, dejando a un lado el sendero de piedra que llegaba hasta el pueblo. Los pasos seguros, a pesar de la dificultad del camino, desembocaron en la explanada. Surgió la imponente presencia del señorito don Cipriano que se dirigía hacia ella. Cuando ella se volvió le hizo una seña de saludo y corrió, riendo, hacia él. El abrazo y el beso que se dieron me dejaron estupefacto y me derribaron de un bofetón todas mis ilusiones, como si de un frágil árbol de secas hojas azotado por el airón se tratase. Hipnotizado, veía la amorosa escena y sentía una

desazón en mi interior como si un topo me royese las entrañas. Las lágrimas pugnaban por salir, a pesar de que me resistía a caer tan bajo, a humillarme así, porque, me decía, yo era un caballero de la Tabla Redonda. Mientras, veía el obsceno abrazo del señorito a María y cómo ella se dejaba besar, cómo se dejaba llenar de aquellas viscosas babas todo el cuerpo... Cómo se dejaba sobar, morder, lamer... Pasada la primera efusión, ella lo apartó y lo llevó un poco más cerca del acantilado, por lo que no pude oír su conversación. Sin embargo, podía ver cómo María seguía con sus saltos de alegría bailando alrededor de él, y hacía aspavientos y abrazaba de nuevo su vientre. Sin embargo, él no parecía compartir su felicidad. Con violencia se quitó el cinturón, lanzó el cayado al suelo y quiso abrazarla de nuevo, ignorando sus muestras de júbilo. Sin embargo, ella le rechazó entre risas. Comenzaron a hablar, y por los gestos y el rostro de ella pude distinguir que los amistosos gestos del principio habían dado paso a una fuerte discusión y que las risas de antes se habían tornado en gritos y llanto. Don Cipriano la agarró con fuerza del brazo y la empujó al suelo. Frenéticamente empezó a besarla y sobarla todo el cuerpo, mientras le alzaba la falda y él se bajaba el pantalón. María se resistía al principio, golpeándolo, arañándolo e intentando morderlo, pero la fuerza del hombre y no sé si sus besos o mordiscos terminaron por aplacarla y ceder a los embates de él, abrazándolo con manos y piernas, mientras él cabalgaba furioso sobre ella. Un relámpago rasgó el negro horizonte. Mis lágrimas vencieron al final mi inútil resistencia. Quería correr. Maldecía haber escogido aquel lugar para disfrutar de mis melancólicos paseos

solitarios. Deseaba cerrar los ojos y pensar que todo era producto de un mal sueño, de una alucinación; pero no podía apartar mi mirada de aquello que estaba cavando la fosa de mi desilusión. Vi cómo el cuerpo de él se desplomaba agotado sobre el de ella, mientras ella le mesaba los cabellos. Yo seguía allí, inmóvil, llorando, cuando vi que ella dirigía su mirada hacia mí. Me había descubierto. Primero, hubo sorpresa, pero luego se quedó fijamente mirándome. En aquel momento sentí como si su mirada me sumiese en un negro pozo sin fondo, un vértigo que me hizo vacilar y olvidar todo lo que había a mi alrededor. Sentía como si cayese y me ahogase. Quise sobreponerme y huir, pero en aquel momento noté que mis piernas eran abrazadas por el barro. Intenté moverlas, pero no pude. No las sentía, y en su lugar una fría y pétreo corriente me invadía desde abajo. Un ahogado grito de estupor quedó congelado en mi garganta. Me estaba convirtiendo en piedra. La mirada de Mab me estaba transformando en piedra y yo no podía hacer nada. Sería como el alma de los naufragos, una piedra de silencio hasta el final de los tiempos. Angustiado volví a mirarla. La fijeza de su mirada había desaparecido y en su lugar creí distinguir un brillo, quizás anuncio de una lágrima. Cansado, sin fuerzas para nada más, apoyé la cabeza sobre mis brazos, cruzados sobre el barro y la hierba, y dejé que las lágrimas meciesen mi dolor. Desperté cuando la tempestad daba paso a la calma. Aún llovía intensamente, pero el viento comenzaba a amainar. La humedad me había invadido todo el cuerpo, dejando anquilosados hasta los huesos. La oscuridad era casi total, y sólo conseguía ver algo de lo que me rodeaba cuando un relámpago rasgaba

la noche y me daba una visión fantasmagórica del borde del acantilado. Estaba completamente solo. Conseguí desentumecerme un poco. Noté que podía mover mis miembros, que no era una roca más del paisaje, sino que volvía a ser yo. Lo que no sabía era si estaba vivo o muerto. Sin embargo, el dolor que entumecía todo mi cuerpo me hizo saber que estaba vivo. Sentía frío, hambre y una insondable tristeza abisal. Comencé a moverme despacio. El viento parecía decir mi nombre, invitándome a ir con él. No sabía si era sueño o realidad, pero mi nombre era repetido una y otra vez por el aire y la lluvia. A lo lejos distinguí unas luces mortecinas que venían por el camino de la fraga. De allí parecían provenir las llamadas. Un temblor de terror me invadió de nuevo. Aquellas luces sólo podían ser de la Santa Compañía que venía en busca de mi alma. Entonces no estaba vivo, sino muerto. Las luces se aproximaban y con él las voces que invocaban mi nombre. Sin embargo, según sentía su cercanía pude distinguir que esas voces no eran sobrenaturales, sino que eran la de mi padre y la de mi abuelo que me andaban buscando. Me sobrepuse a mi incertidumbre y con un temblor de alegría los llamé. Al poco tiempo, estaban junto a mí, y entre pescozones, abrazos y maldiciones me arrojaron y llevaron a casa. Pasé más de una semana en cama, con fuertes fiebres y delirando. En sueños se me aparecía Mab que me convertía en piedra mientras bailaba desnuda alrededor de una fogata, perseguida por un hombre también desnudo, con una cabeza de macho cabrío, que al quitársela dejaba ver el rostro grosero de don Cipriano. Mi madre me dijo tiempo después que en mis delirios sólo decía cosas incoherentes sobre brujas y

meigas, y sobre una tal Mab. Cuando me restablecí, comencé a hacer mi vida habitual. Pero algo había cambiado: ya no tenía que llevarle la leche a María, pues ésta, el mismo día que yo había andado extraviado por la fraga, había desaparecido. En el pueblo se murmuraba que la última vez que la habían visto se dirigía hacia el acantilado como solía hacer muchas tardes. Pero nunca más volvió a aparecer. Pasaba el tiempo y no se supo nada de María. Poco a poco me fui reincorporando a mis labores y juegos de siempre. Fui abandonando la soledad de mis paseos por la compañía de mis antiguos camaradas de correrías. Me recibieron en el grupo sin preguntar nada. Suso fue el primero que me dio un abrazo de complicidad, agarrándome suavemente por el cuello y sin hacer ninguna alusión a nuestro enfrentamiento me tributó un reconocimiento tácito como jefe del grupo. Un día nos llegó la noticia de que había sido encontrado un cuerpo ahogado de mujer en la costa de Finisterre, desfigurado y con la ropa echa jirones. Corrió el rumor de que era el cuerpo de María, pero nunca hubo ninguna certeza, y el tiempo borró su memoria igual que barre todo y barrió las vidas de la gente de la aldea, como la de don Cipriano al que mató un jabalí en un monte de León, al que había dado un mal tiro, y que se revolvió y antes de expirar lo destrozó con sus colmillos. Sin embargo, han pasado más de cincuenta años y yo sigo conservando la memoria y el secreto de María. Quizás sea el único. A pesar de la guerra contra las cabilas en la que serví o de la que padecimos por aquí, en la que los señoritos de los pazos mataron a tantos y tantos de la aldea que pasaron a engrosar la eterna procesión de la Santa Compañía, yo sigo preservando su se-

creto. Aún en sueños la veo acercarse a mí, convertido en piedra, y posar un beso sobre mi cabeza, mientras me susurra entre sorbos de lágrimas que se va bebiendo:

-Conserva mi secreto, Xoan... Mi secreto y mi memoria, y sé como el hijo que nunca tendré y que llevo en mis entrañas. No me olvides nunca como harán los del pueblo y como las rocas de silencio del acantilado que olvidan el nombre de los náufragos que mueren junto a ellas.

Tras decirme esto, aún la veo trastabillando con pasos tambaleantes, doloridos, pero decididos hasta el fin, hasta el borde del acantilado, y allí en medio del fragor del trueno y a la dudosa luz de un relámpago la veo caer hacia el mar, desapareciendo para siempre. Sin embargo, sigue y seguirá estando presente en mis sueños todas las noches, en el reino de sombras donde guardo el secreto de Mab.

Fuenlabrada, 12 de septiembre de 2000.

Mharía Vázquez Benarroch

Perfil de un día sin relieve

Como si fuera otro el que vive
sufro la elemental sorpresa de estar viva
de desayunar mi periódico de muertes y acontecimientos
mientras tu piel me salta como un reflejo solitario

Como una flor que demora en su agonía
el olvido de tu cuerpo
es el perfil de un día sin relieves

No hay regreso

Lavar el pelo
limpiar los dientes
vestir la intemperie de mi cuerpo

desarmo pedazo a pedazo
la cotidianidad de no tenerte

*Erótica de un hombre y una mujer
que se separan en la noche...
como un nudo en la garganta*

Despertar es sentir
que el rostro se da vuelta
con la comprensión exacta
de que el sueño ha terminado

la mano dibujando la apertura del párpado
el cuerpo encallado en algún sitio de uno mismo
para el nuevo día
que como un laberinto de lo amargo y de lo dulce
cambia tu nombre y la frescura generosa de tu piel
por este nudo en la garganta

Estrecha jaula del abrazo

Como un saurio que bebe
en el fondo oscuro y vegetal de tu sexo

como lobo de paso

así revive
mi hambre imposible de tu cuerpo
lengua de sal
y gemido oscuro de la carne

bocanada a bocanada
aspiro tu piel
y me hundo
en esta tierna ferocidad
que es la estrecha jaula del abrazo

erótica
de un hombre y una mujer
que se separan

Como un dulce animal

Silencio en el silencio diciendo lluvia
miedo en el miedo diciendo ahora

esta noche desierta me quedo sola
tomo mi whisky
despacio

y tener un hijo
es morir descuartizada como un animal

así...
sólo mis muertos

conocen
la tristeza lujuriosa de la memoria

Mi enfermedad me dibuja

El amor
como un texto

aprender a entrar
aprender sus lecciones

como un templo
que no necesita dios
en el que nadie sabe
qué luz qué tiniebla

todo es inexplicable expectativa

como un texto
o la muerte
en el amor no hay regreso

Notas para el domingo

Con elegante salto
entras al domingo

permaneces sometida
a las calladas cosas que te rodean

recuerdas otras tardes
en que entraban el sueño
tumultuosos
encendidos por el desorden del placer
y bebes con avidez el agua amarga de tu siesta

Dejas la ebriedad para el recuerdo
y sales de su espacio
permaneces inmóvil
contemplando esta ciudad hostil
maldiciendo su nombre, su cuerpo cálidamente
tibio
y su rostro arrasado te dice adiós
con una determinación que ignorabas

La muerte es un hábito común

En mi ciudad
las mujeres cuidamos de la estricta
fidelidad de nuestros maridos
hablamos de la moda y del amor
coleccionamos sin remedio
recetas de cocina
en las que el sexo
y la ternura

comprendían todas las bondades
cada hora el reloj marca su hora de crueldad

cada noche sin cesar
la rutina tiende las sábanas de la muerte colectiva

mientras destruyo tu nombre
en este agonizante hábito
de hacer el amor en otro cuerpo

Balada de los 40 años

Mira amor...

ya no me importa si soy vieja
o soy joven
si mis pechos se caen
por la más antigua y respetable de las leyes
la gravedad
todos los saben
no descuenta porcentajes

Me basta un golpe de sol
relucientes delfines
y esta manera de rozar el cielo con los dedos
que es ver tu cuerpo irrelevante

pleno

tan húmedo y ligero

nadando entre la sed interminable de las cosas
contra el mar
y su temible belleza

*El matrimonio es como una
canción japonesa del siglo tres*

Dice la canción:

nada hay sobre la tierra que valga menos que una
mujer
porque cuando los muchachos se inclinan sobre los
balcones
son como dioses arrancados del cielo
sus corazones abarcan los cuatro océanos
son
el dorado polvo y el viento de mil veces mil millas

mas

nadie se alegra si nace una mujer
si cuando crezca deberá dominar desde la alcoba
temerosa de mirar a la cara de cualquier hombre...
nadie la llora cuando deja su casa
sólo ella

Rápida como las nubes para la lluvia
inclinará la cabeza
compondrá sus facciones
comprimirá los dientes entre los rojos labios de loto
se inclinará

¡oh innumerables veces!
inclusive ante los sirvientes
mientras su corazón más apartado que el agua del
fuego
espera

Sin duda, su señor encontrará nuevos tesoros
y ella que una vez fue sombra y substancia
ahora será nada
como arena parda sobre el viento que nunca regresa

esta es la historia
tan vieja que ya
nadie la escribe
nadie la entona

la brisa sopla apacible en los jardines del templo
¡Vaya que es triste ser una mujer!

Tu nombre está de viaje
Tu nombre no existe

Vuelvo a mentir con gracia:
tu nombre no existe

Me inclino ante el espejo respetuosa
y refleja mis collares y mi falda de mujer solitaria.

creo que soy esa señora que sale puntualmente a las
ocho

y los dioses están muertos y no te extraño nada;
siento vacío aquí pero es fácil,
un tambor en vez de corazón
simple piel a los dos lados

A veces, mientras leo cosas que me tranquilizan:
memorándums, comerciales, titulares del dólar y la
libra,
los estúpidos debates de la agencia en que trabajo...
a veces, vuelves por las tardes,
con la arrogancia de quien lo posee todo
y no te extraño

sólo cosas menudas me hacen falta
porque tu nombre está de viaje
y el aire adquiere la forma de tu cuerpo



I. García 2000

Adelina Esteban

Fotografías de la Royal Geographical Society (IV)

Retrato de joven en Arabia Saudí 1947

No te encarcelarían si supieran
que los muchachos te regalan rosas
de Juan de Arellano,
fragmentos del coral de sus gargantas.
Saboreas algo
pernicioso, algo que quema tu lengua
y te enferma y te envejece aún más.

No te encarcelarían sino lástima
por ti,
y ellos, hermosos, ellos, sobornables.

Ruinas de la ciudad maya de Chichén Itzá. Década de 1360

... Y si el dios de la lluvia
viene para pedirte
la piel, la sangre, el hueso
que te mantiene erguida,
escala la montaña
y esparce por su cumbre
aquello que creíste
atesorado, tuyo:
la palabra, tus labios,
el recuerdo, tus labios,
los muertos y tus labios.

Familia india norteamericana delante de su tipi. Alberta, Canadá. Fotografía de 1880

Tu casa es el olor
de los años impares que están yéndose
y de una edad bisiesta de fantasmas.
Generaciones del cariño dejan
huecos que se rellenan con el humo
de alguien que estuvo aquí, pasé la noche
y no apagó del todo las cenizas.

Diciembre de 2000

Jesús Rubio

Marasmo: antología y canciones

ELEAZAR MORENO (1950-1990): Escritor y antropólogo chileno, llegó a Marasmo huyendo de la muerte y la tortura. Quizás su evasión fue total pues no se le recuerda una sola línea denunciando las atrocidades de Augusto Pinochet. Murió a los cuarenta años víctima de una cruel enfermedad y sin volver a pisar jamás su tierra natal. Su obra está diseminada en periódicos y revistas.

Sol de invierno

Igual que el sol de invierno vago por estas calles.
Te alejas más y más...
Eres un eco, una huella
que naufraga en la orilla.
Me hiere tu recuerdo.
Pero sólo esa brizna
queda en mis bolsillos.
Aprieto pues los puños...
Una voz me susurra,
al compás de mis pisadas
sobre el hielo que viste

la piel de la ciudad,
que un corazón
siempre lo es
por más que sangre.
Igual que el sol de invierno, que es sol después de todo.

SUJETO, VERBO, PREDICADO: Un grupo de amantes del haiku japonés y de la poesía-concepto creó esta sociedad que considera, en su manifiesto fundacional, que el poder de la palabra es tal que debe reducirse a su mínima expresión. De ahí la depuración de los poemas. Se trata de un grupo amplio y heterogéneo, que en sus casi 18 años de existencia sólo ha editado un libro, brevísimo, claro está. He aquí lo más granado del poemario *Hay más cine en un plano de la Mujer Pantarra que en toda Casablanca*.

Tu ausencia me regala
días como chacaes.

Quemaré todo libro
que no me hable de ti.

Es la melancolía
la risa del suicida.

Si miro las estrellas
contemplo soledades.

Todos le contamos
los dientes a la noche.

Bajo esta recia losa
descansa un universo.

Yo tan sólo quisiera
ser doctor de los vientos.

Una lengua de niebla
devora la montaña;
mi alma ofidia busca
el sol en los rincones.

Hay noches que la vida
semeja un tiovivo
por un viento astuto
mecido y jaleado.

Intrépidas hormigas:
portadoras en mi era
de los descubrimientos.

Se nos marcha la vida
despidiendo a los muertos.

Un lobezno de luna
escolta mis adagios.

El tiempo es un mochuelo
que caza en el olvido.

La luna...
Un dedo de anís
que acusa al campanario.

El sol se acuesta:
tiene un negro pijama
con lentejuelas.

MARIA COSTA (1922-1991): Tras treinta años como secretaria de su marido, Pedro de Salazar, notable abogado de Marasmo y notable cacique, María Costa, mujer bondadosa, decide, a la muerte de su notable y escasamente recordado cónyuge, dar rienda suelta a su melancolía. Otros dicen que a su euforia, escribiendo breves poemas en los que el humor se entremezcla con la ternura. Los poemas que aquí aparecen pertenecen a su libro *Atestado*, único y póstumo. Emocionados, recordamos aquí a María Costa, cuyo mejor poema fue sufrir en silencio al tal Pedro de Salazar, que ojalá esté donde merece.

En el infierno...

Escribe

Si dijera que tengo mi buzón
lleno de soledades, ¿qué harías?
¿Escribirme una carta perfumada,
una leve postal?
¿O quizás hallaría ese resguardo
del cheque que me mandas
para adquirir a precios irrisorios
todo cuanto preciso
para al fin suicidarme sin estruendo?

El hombre zoo

Tengo un amigo que cree
que dentro tiene un zoológico.
Te asalta y dice: «Soy un tigre,
un gran tigre de bengala;
soy capaz de cualquier cosa».
Otras veces, sin embargo,
se me vuelve colibrí
y me digo: «Sin problemas».

Si alguna vez se convierte
en paloma, ya me ha dicho
que ande con mucho ojo
pues entonces no será
lo que en realidad parezca.

Tango

Si al menos nuestro amor
fuera como los tangos
podría solazarme
en toda mi amargura.
Pero creo que es
igual que una balada
de las que no se cree
ni siquiera su intérprete.

Cine

Cada día dirijo una película
de escaso presupuesto.
En ella tú me salvas de mí misma
pues jamás en mis guiones introduzco
villanos o desgracias.
Final feliz, ya ves,
aunque pierdo en la sala de montaje
gran cantidad de planos
que hubiera deseado conservar.

Vida. Uso y disfrute

No desdeñemos
los instantes fugaces
que guardamos,
llenos de polvo,
en los rincones.
Esas pequeñas explosiones
de vida
-un rostro, una mirada,
un gesto...-
pueden salvarnos
en cualquier instante.

Manos

Y dijeron las voces:
«Todo cuanto precisas, en tus manos
cabe.» Así que cuando llegue el fin
a darme su tarjeta,
deberéis salvarlas del infierno
pues en ellas reposa cuanto amé.

Día libre

Dije que se tomaran día libre
a los vientos, las nubes y los pájaros,
al sol y sus amigos,
a los verdes, naranjas y a los rojos,
a la luz, a la música,
al amor y sus ecos.

A todos, absolutamente a todos,
ordené: «Descansad,
pues no me dais la talla».

Maldición

La vida es breve.
Muy cierto.
Vive el instante.
Me dicen.
No hay futuro.
Me cantan.
¿Por qué he sido amarrado a la memoria?
Me temo
que el dulce olvido,
elixir verdadero
de la felicidad,
decidió cierto día maldecirme.

El capitán

Domó mares soberbios,
supo de las tormentas
los secretos, las olas
todas le admiraron,
pero aquel capitán,
de barbas pobladísimas de vientos,
sentado en la terraza de una tasca
del malecón,
apuraba el café
y lamentaba
no haber hablado más con los delfines.

Demasiada luz

Abomino los sonos
embutidos en trajes de torero,
pues tanta luz termina por cegarme.
Me hastían los esdrújulos
cantos de jardineros con esmóquin.
El camino más corto
entre dos corazones
carece de posadas.
Y en ello me reitero aún
a riesgo de ser expedientada.

FRANCISQUILLO (hacia 1590, hacia 1640) Poeta anónimo, incluido en el cancionero general, del que sólo se sabe que era natural de Marasmo, pero que debió de ser un hombre letrado, nada más que por su conocimiento del endecasílabo, poco conocido entre el vulgo. Aquí aparece porque la *Silva del cardenal y su caballo* es el primer poema que se aprenden los escolares de Marasmo.

Silva del cardenal y su caballo

En el suelo gastado en que me inclino
con trazas de vasallo,
veo que un cardenal,
de púrpura marcial
yace, con su caballo.
Yo pienso en el equino
que, humilde, soportó tan recia losa.
No reinó ni en la tierra ni en el cielo,
no sufrió ni de envidia ni de celo
y descansa también en esta fosa.

Joaquín Copeiro

El pianista de jazz

**A Alfredo, los Zelezna, los Monk- Tuno
Jazz Quarter, Paloma y Jesús**

Aquella madrugada, saliste de *El Último*, Tino Mata, con el cuello del abrigo levantado, las manos en los bolsillos y los ojos clavados en las pocas estrellas que se colaban entre las ramas de los árboles que habitan la Plaza de la Bellota. Aspiraste el aire fresco de febrero y un regusto denso y compacto te llenó de satisfacción: jamás habías llegado a emular a Art Tatum así, enloquecido, haciendo saltar las estructuras convencionales del piano, inundando el local con una verdadera catarata de notas que quebró el hálito de los clientes y dejó sin resuello al mismísimo *Jose*. Y eso, sin que nadie se percatara de que en tales momentos tu mente, tan viva como un solo de batería, hervía convulsionada, bullía, borbotaba, acalamburada, tremolante, hasta extremos aún más prodigiosos que los alcanzados por tus manos sobre el tecla-

do, debido a una decisión irrevocable: a las nueve de la mañana te plantarías en el servicio de trasplantes de la Seguridad Social y ofrecerías, sin contrapartida, tus riñones para cuando la palmaras.

Ya en tu apartamento de Santo Tomé, te preparaste un vaso de leche caliente con miel y tres pastillas de *Valeriana Leo*, pues deseabas regalarte cinco o seis horas de apacible sueño en justa recompensa por tu trabajo interpretativo y por el carácter hermosamente solidario de tu decisión. Pero, a pesar de la leche caliente y de la valeriana, y aunque te habías embutido entre las sábanas inflamado de autoestima, satisfecho por tu decisión, orgulloso de tu humanismo, no pegaste ojo, Tino Mata, en el resto de la noche, porque durante el concierto no habías conseguido acoplar tu cuerpo a la banqueta del piano y ahora, si te volvías a la izquierda, te dolía el riñón derecho, y si lo hacías hacia la derecha, era el izquierdo el que laceraba tu sueño, y si te ponías boca arriba, maldita sea, Tino Mata, te dolían los dos riñones como si estuvieras tumbado sobre un lecho de cascotes. En resumidas cuentas, que sólo conseguiste dar unas cuantas cabezadas mientras, recostado sobre la almohada doblada de tu cama, alimentabas tu incombustible radicalismo con las páginas de *Le Monde Diplomatique*, edición española, leyendo en ellas un informe sobre el uranio empobrecido y sus efectos devastadores, y soñando feliz con la posibilidad de fabricar unos cuantos supositorios con tan macabro material para que, unos tras otros, los secretarios generales de todas las alianzas militares habidas y por haber, con la O de nazis, con la T de nazis, con la A de nazis, con la N de nazis, y los responsables de los depar-

tamentos de estado, con la U de genocidas, con la S de genocidas, con la A de genocidas, se los fueran metiendo por donde les cupieran. Al cabo, una ducha y un tazón de café con leche lograron ponerte en pie.

En la Plaza del Conde subiste al autobús que debería trasladarte a la Residencia Virgen de la Salud. Tomaste asiento y, soportando estoico la rigidez de tu respaldo, tuviste conciencia de tus dos riñones, llegaste a sentirte como si se trataran de manos o de pies. Abriste y cerraste las manos una y otra vez, y moviste los pies; luego te escrutaste a ti mismo, te palpaste la cintura a la altura de los riñones, pensaste en tu orín, pensaste en Chick Corea, y en la próstata, y también en la hemodiálisis, y en el concierto de la próxima semana en el *Broadway*, y en Marisa, y en tu riñón izquierdo, también en el derecho, y, por fin, en que sólo firmarías la donación de uno de los dos: el derecho, por preservar la integridad de tu parte izquierda aún después de muerto, cuando hasta el amor se extinga y el paisaje se convierta en una línea recta de tinta china, allá en el Paraíso o en lo que demonios hubiera, sí es que algo había.

Bajaste del autobús y caminaste hasta la Residencia. Ganaste la cima de la rampa -¡la *rampla!*- y preguntaste al celador. Poco después, un sillón negro, de *skay* roto y manchado de desasosiegos, acogió tu espera ante una puerta blanca, maciza, desconchada y disuasoria. Rodeado de donantes, o de pacientes, quién sabe, tuviste tiempo de meditar, y te acudieron fortísimos pensamientos acerca de la muerte, acerca del piano y de la posibilidad de romperte la cabeza en un accidente de automóvil durante unas vacaciones. Y además, como una punzada

en tu riñón derecho, te sobrevino la idea de que si firmabas, el accidente se adelantaría. Así es que, cuando la enfermera te invitó a pasar al despacho porque era tu turno, tú te levantaste, Tino Mata, con las manos en los riñones, sonreíste, Tino Mata, moviste los brazos y recorriste con ambas manos un teclado imaginario en señal de despedida, y en seguida saliste escapado en busca de la calle liberadora: comerías un bocadillo, beberías una cerveza y te volverías a casa a preparar unos cuantos *Chick Corea*.

Aquella madrugada, saliste del *Broadway*, Tino Mata, con el cuello del abrigo levantado, las manos en los bolsillos y los ojos clavados en las pocas estrellas que se colaban entre las ramas de los árboles que habitan la Plaza Marrón. La temperatura del aire te reconfortó y tu *ego* creció hasta sobrepasar los tejados más altos de la casa de Chueca: ¡Dios, cómo te había sonado *La Fiesta*, Tino Mata, y eso que la habías interpretado a pelo, como últimamente solías hacer, sin percusionistas, ni baterías, ni contrabajos, ni saxos, con sólo tus manos enfebrecidas saltando como liebres, tus manos como los pies de Antonio Canales o tus manos como el cuerpo de Isadora Duncan en sus momentos más revolucionarios -aquellos que te prestara en los setenta Karel Reisz con sus hermosos noventa y cinco minutos de celuloide, bailando sobre las teclas, arrancándole al piano un ritmo trepidante y tan pegadizo, que hasta Miguel tuvo que moverse tras la barra a su son, servir la cerveza a su son, agitar a su son la coctelera. Y luego, por si fuera poco, sin dar respiro a cuantos danzaban al lado de esa misma barra, mientras el local se atiborraba de gente que no dejaba de bailar

desde que franqueaba sus puertas, *bossa nova*, Tino Mata, *bossa nova* en versión libre, personal, intransferible, más aún que la del propio Chick, porque cuando tus manos exprimían los acordes, las melodías, los colores de las diferentes tonalidades, la vida se transformaba, se dulcificaba, se hacía plenitud, y un sesgo feliz hacía olvidar los problemas personales más dramáticos y las más escabrosas noticias de los telediarios.

Ya en tu apartamento de Santo Tomé, te relajaste con una tortilla francesa y con un *tercio* que te pasaría factura unas horas después, mientras soñabas con un dolor agudo en la vejiga, con unas horribles ganas de orinar que te impulsaban, en medio de un aeropuerto, Pristina quizá, con las pistas rotas por bombas de uranio empobrecido, Tino Mata, que eran de U238 sus percutores, a aguzar la vista, con los párpados medio cerrados, porque querías encontrar un agujero, Tino Mata, un gua donde depositar tu urea, donde drenar tus cloruros, donde excretar tu amoníaco al abrigo de la radiactividad, y no hallabas el sitio adecuado, siendo como era aquel aeropuerto un verdadero colador de posguerra posmoderna; y en eso que descubriste a Tete Montoliu recordando a Line al tiempo que, escudado tras las gafas oscuras de su ceguera, acertaba sin embargo a hacer pasar el chorro de su divino pis por el íntimo agujero de un *elepé* de vinilo. Abriste los ojos despavorido, saltaste de la cama y te metiste de cabeza en el baño. Sentado en la taza, como una señora, disfrutaste sintiendo que tu uretra dejaba escapar un metro cúbico de líquido ambarino y amarillento como la cerveza. Miraste luego el reloj, Tino Mata: eran las nueve de la mañana y subiste la persiana de la alcoba

para que entrara el día. Mientras te duchabas, reconstruías la pesadilla de esa noche y te preguntabas qué coño pintaría Tete Montoliu en tu sueño balcánico, decidiste hacer donación esa misma mañana de tus ojos grises. De nuevo recordaste a Marisa y te echaste a la calle.

En la Plaza del Conde subiste al autobús como otras veces. Llevabas contigo una carpeta con las partituras en las que habías anotado la transcripción para piano de las baladas *-ballads-* de John Coltrane. En San Juan de los Reyes subió al vehículo un vendedor de cupones. Todo el pasaje le compró algunos; tú también, claro. Pensaste en la ceguera, en tus ojos, en Tete Montoliu, en tu pesadilla de por la noche: había que hacer algo y estaba bien donar los ojos, mejor que el corazón o que los riñones. Volviste a Coltrane y corregiste la armonía de *Say It*. El timbre de parada sonó por enésima vez y el autobús se detuvo a mitad de la Avenida de Barber.

Bajaste del autobús y caminaste hasta la Residencia. Poco después, la maldita y cochambrosa puerta de la consulta emergía delante de tus narices, Tino Mata, y tú entretenías la espera sentado en el *skay* negro y repasando tus partituras, la de *Too Young to Go Sicady* en esta ocasión. Al pronto, te picaban los ojos; puede que el cansancio de la mala noche, el esfuerzo de leer en el autobús, la atención que exigía la corrección de algunas notas en el pentagrama fueran la causa de aquel ligero escozor que ahora te obligaba a restregarte hasta regocijarte con el placer de la metamorfosis: el escozor se trocaba en cosquilleo, Tino Mata, y el vértigo de imaginar a tus ojos escociendo en otro rostro te acongojó en tal medida, que, cuando al fin la enfermera te invitó a pasar, tú parpa-

deaste varias veces, cerraste la carpeta de las partituras, guardaste el portaminas en el bolsillo interior de tu chupita de cuero, dibujaste unas escalas sobre un teclado imaginario a la altura de tu ombligo, torciste la boca, pediste perdón y te largaste con viento fresco en busca de la libertad y de John Coltrane.

Aquella madrugada, saliste del *Pícaro*, Tino Mata, con el cuello del abrigo levantado, las manos en los bolsillos y los ojos clavados en las pocas estrellas que se podrían haber colado entre las ramas de los árboles, de haber existido árboles en la plaza de San Nicolás. Pero sólo el campanario de la iglesia rompía la tersura de la bóveda nocturna. Y hacia ella dirigiste tu mirada y la nube de vaho que soplaste, para jugar con el frío de un marzo que helaba la sangre, porque en él se habían precipitado el rigor y la crudeza de un invierno benigno como un bolero. Habías visto a la gente pegar los cuerpos en el piso de arriba, especialmente con tu versión de *Nancy*, tierna y dulce como el primer beso, las manos cogidas detrás de las cinturas, las manos agarradas tras los cuellos, las manos entrecruzadas detrás de las escápulas, las manos engarzadas tras las nalgas, manos como las tuyas, que te permitían extraer del piano cuanto sabías, labios contra labios en un intento de reducir el espacio hasta volverlo del revés, Tino Mata, y sentirse un cuerpo en otro cuerpo como el forro de tu abrigo en su interior. Y entonces, recuerdas ahora, Tino Mata, ahora que la enfermera del servicio de trasplantes de la Seguridad Social ha pretendido frustrar de una soberbia bofetada tu enésimo intento de escalar con tus agilísimas manos hacia la parte más aguda de un teclado inexistente para renegar una vez más

de tus primeras y generosas intenciones de donante solidario y sin afán de lucro, entonces, recuerdas ahora, pues, que, mirando el campanario de San Nicolás, te entusias mó el hecho de que, con los últimos acordes de *Nancy*, y sin solución de continuidad, te hubieras arrancado, como lo hiciste, a lo Fatha Hines, con un *Tangerine* que soltaba las piernas de puro swing, Tino Mata, de puro swing, y que daba unas ganas de vivir que no eran de este mundo, y tomaste la decisión irrevocable de donar tus manos para cuando fallecieras o te mataras, tus dos manos largas y blancas, hermosas en opinión de todas las mujeres que te habían amado, incluida Marisa, y no necesitaste acudir a tu apartamento de Santo Tomé, ni subir al día siguiente al autobús en la Plaza del Conde, ni abandonarlo para acercarte a la Residencia, al servicio de trasplantes de la Seguridad Social, a explicar que no podías resistir que la gente perdiera sus manos en cualquier país del Golfo de Guinea por un ataque de la tribu vecina, o aplastándose en la moto contra el quitamiedos de una autopista. Pero cuando finalmente la enfermera salió a buscarte y tú amagaste, Tino Mata, con esbozar de nuevo una despedida de pianista desvergonzado, porque en la espera habías concluido que si firmabas, pronto te morirías, y que un pianista manco, justo un pianista, Tino Mata, ni a la vera de Dios encontraría su lugar, fue la tremenda bofetada de aquella mujer de blanco la que acabó de decirte: no donarías tus manos por si precisabas de ellas para romperle la jeta a quien primero te encontraras al otro lado de la muerte, Tino Mata.

Juan Carlos Pantoja Rivero*Lanzarote en el bosque perdido*

Ha muerto la mañana ensombrecida,
tras la noche cuajada de dolores;
la tarde se adivina sin colores
en esta cárcel mágica y perdida.

Presiento el bosque umbroso a la salida,
la gris floresta plena de rumores,
las sombras de olvidados amadores
errantes por la senda dolorida.

En mi prisión habitan soledades
que administra Morgana en mi castigo,
tan lejos de tu cuerpo de azucenas.

Me confunden la maga y sus maldades,
en medio de un no estar nunca contigo,
flotando en la tiniebla de las penas.

Lanzarote, absorto en la contemplación de Ginebra, se adentra involuntariamente en la corriente de un río

No puedo acariciarte en tu destino
doble, de enebro y reina enamorada,
de furtiva presencia encadenada
mirando en el alféizar el camino.

Te miro, y crece en mí ese desatino
que me enajena, y torna acibarada
mi tarde suave, ya deshabitada,
perpleja en el torrente cristalino.

El río rumorea su reclamo,
me inquieta con su blanda transparencia
y confunde mi tiempo con sus ondas:

y ya no oigo tu nombre, aunque te llamo.
Repite el agua tu doliente ausencia
quebrándose en sus músicas redondas.

Tomás López Muñoz*Beso*

Lo voy a hacer. Te daré un beso.
Y no te lo pediré: lo robaré, lo haré mío.

Mis dedos bucearán, como cinco delfines negros,
y apartarán las espumas de tu pelo
olvidadas en la arena tostada de tus mejillas,
playas de mis caricias,
playas de mis pensamientos.

Mi mano subirá por el abismo de tus hombros,
escalará por tu cuello
y sujetará tu cabeza, mecida en dulce sueño.

Mis ojos se detendrán, sabiéndote toda,
un instante eterno en los tuyos
y se ahogarán, náufragos, en los surcos de tu pecho.

Mis labios, cerrados ya mis ojos,
acertarán en tus labios
y robarán tu secreto, inocente,
dormidos en su más fresco lecho.

Lo hice. Te di un beso.
Y no lo pedí: lo robé, lo hice mío. Eterno.

Ausencia

Por la mañana.
Será por la mañana
cuando al despertar
no te encuentre dormida
sobre mi espalda.

De pronto, de nuevo,
buscaré tu cintura de luna.
No la encontraré.
Buscaré tu mirada, como estrellas, alumbrándome.
Tampoco la encontraré.
No estará para mí la noche toda,
o tu cuerpo oscuro tampoco estará.

Mis dedos, como antes solían,
ya no sabrán de la exactitud de tus límites,
infinitos,
y sólo dibujarán, sobre el cristal frío,
frías ausencias de agua y sal.

Entonces, de nuevo, te llamaré
y el silencio, enorme,
me responderá con el mudo llanto del que espera.

Luego mis ojos, abiertos,
se cerrarán y
recordaré la caricia de sueño de tu sonrisa
al contemplarte toda, lentamente,
mientras tú, poco a poco,
te acercas a mí, aún distante.

Después, al abrir los ojos,
ya es por la mañana
y tú,

angustiosa armonía de negros trazos,
tú,
no estás allí.

Por la mañana.
Será por la mañana
cuando al despertar yo
no te encuentre ya dormida
sobre mi espalda.



Javier Castillo*Vivir*

Pensar que vivir no vale la pena,
que haber vivido, no sirve de nada,
que todo futuro es muerte callada,
morir para nada en triste colmena.

Sentir que la vida pasa serena,
que todos dormimos de madrugada,
que nuestra historia será devorada
por una feliz alocada hiena.

Saber que no podemos hacer algo
para luchar por una vida eterna,
aceptar nuestra irrevocable suerte.

Entrar por una liebre, como un galgo,
en una fría y oscura caverna
y hallar al oso que nos dará muerte.

Soy

No te afanes en buscarme,
jamás podrás encontrarme;
soy la sombra que se esconde
tras las letras de tu nombre;
soy la arruga que describe
en tu risa su declive;
soy la brisa que atraviesa
poco a poco tu melena;
soy la espina que se clava
en el fondo de tu alma.
Soy el cisne que te quiere.
Ese soy yo. Yo soy ese.

Lágrimas

Una lágrima rompió
la piedra que me encerraba
en una nube de sueños
del país de la esperanza.
Otra lágrima cayó
en la punta de una espada
y de rojo se tiñó
sangrando en ella clavada.
La tercera no cuajó,
es la lágrima del alma
y es la última emoción
que se tiene antes del alba.
Y llorando se apagó
la triste noche callada,
triste la noche y callada
porque tú ya no me amas.

Rubén Sánchez

Versos sin medida

¿Qué es, de los ojos, el llanto
si no el derrame del alma?
¿Qué son ellos, que sin heridas ...
... aparentes se me desangran?
¿Qué son sino aljibes que riegan
palabras sin color teñidas?
¿Qué es lo que al gozo desarma,
¡qué!, sino el fluir de mi canto?

Canto mudo y sin garganta;
canto con voces de lágrimas;
canto líquidos vomitando;
canto por dos bocas calladas.
Y abro puertas atrancadas
de los aljibes derramando
sal disuelta en el ánima
de quien sólo llorando canta.

29 de Enero de 1998. (Albacete)

Celiada

Sentado..., me alzo en armas no obstante:
el osario vegetal no es mesa,
es torre y ariete constante
de este sitio de la que tú eres presa.

La escritura es Irene belicosa;
tu estancia en mí sin estarlo es inquieta
paz de la mía, que se hace borrosa.
Definirla quiero, y mi mano aprieta

la «aquílea» pluma contra el guerrero
de la cronológica Obligación.
De mi guerra, es afrodita Homero.
La causa de mi valor, mi aflicción.

Tras navegar en el Ponto de Deber
arribo a la breve costa de Eros.
Soy Melenao en busca de placer
de la Helena -presencia para veros.

Mi caballo -ardid será la censura
de otro sentir que no es el tuyo,
porque este don es del deseado hechura, ...
y de esta difícil guerra no huyo.

Héctor resucita cuando me cuido
de que en esta pacífica Iliada ...
... Troya eres tú, ... y Paris el olvido
que te hace Celia fortificada.

14 de Octubre de 1997

Susana Zaragoza Huerta

La Paradoja del Poeta

Un malogrado amor
que termina, en logradas rimas de sollozos.
Un caudal de sueños blancos
sin Norte, sin Sur.
La sensación imperturbable
de ser el desterrado
del amor, la palabra y el azoro.

El amor es una fortaleza vacía
para aquellos
que nunca están lejos,
que nunca están cerca.,
que nunca están.

Malheridos y solos
un hombre y una mujer
dejan anidar la desdicha
en sus manos de soles apagados.
Inviernos sucesivos, sucesivos,
les resbalan por los ojos,
y un imán poderoso de rotos violines
lleva y trae los vestigios de su amor
sembrado en el desierto,

Manuel Quiroga Clérigo

Para el entendimiento de las rosas

MARIPOSAS DE ASFALTO

Autor: Nicolás del Hierro

Colección Melibea, Talavera de la Reina, 2.000, 67 págs.

El hombre, el ser humano, y su entorno forman parte del entramado de «un poemario decididamente lírico pero, a la vez, denunciador, crítico con las realidades de la opresión y las violencias. Se trata de «Mariposas de asfalto», el libro con el que el poeta Nicolás del Hierro obtuvo el accésit al «Premio de Poesía Rafael Morales» 1.999 y que publica la colección Melibea de Talavera de la Reina (Toledo). «*Para el entendimiento de las rosas, /llueve; para que el campo se engalane /y en el asfalto fluya la concordia /llueve*». Hay también un ápice de ecologismo, de consideración positiva acerca del universo que hace posible la vida. En un escueto e inteligente comentario F. Caro habla con cierta emoción de la poesía de Nicolás del Hierro a propósito de este título: «Es como un vapor suave y ligero, casi imperceptible por difuso, pero tan constante que provoca en

nuestra sensibilidad los mismos efectos que la más prolongada caricia. Es un suave viento, de lejano venero, cuyo origen tal vez se encuentre en aquel manantial horaciano que tan de antiguo fluye». La preocupación del poeta por la naturaleza suele ser una constante en sus escritos, de ahí que sus versos cobren una fuerza especial, una nitidez a veces sorprendente, cálida. «*Abriga en la palabra su destino / de vientos y amapolas, de contrastes / entre la lucha incierta de las flores / y el tribal laberinto del asfalto*». «*Sabe de las nostalgias de los ríos / porque su sangre es mar donde navegan / delfines proa al viento y a la luna*» Efectivamente la poesía ha de ser más que una música, más que una ocasión para inaugurar sueños o desafiar tempestades. Leamos «Los dioses de la espera (Vienen desde las sombras)» para recrearnos en ese ámbito cercano al hundimiento donde aún es posible todo el dramatismo de unos paisajes anegados por tanta insolución, o «Hace frío esta noche (Poema tras unos años de sequía)», radiografía de unas tierras secas, de algunas esperanzas malheridas por la escasez de lluvia y de conciencia: «*Ingrávidos, soberbios, carcomidos,* /

cada cual hemos puesto nuestra sombra / a merced de una fiebre insatisfecha / en donde el analgésico no sirve». Desacostumbrados a la poesía vital, ésta de Nicolás del Hierro se nos ofrece como un bálsamo, como una melodía capaz de cicatrizar las heridas de la represión, de los odios gratuitos, del racismo impertinente, del egoísmo permanente, de la incultura. «¿Se nos murió el paisaje o lo matamos?», pregunta el poeta.

Lágrimas enlutadas

D.N.P. (DOCUMENTO NACIONAL DE POETA)

Autora: Olsa Susana López Portela

Colección Gloria Fuertes. Madrid 2000, 54 págs.

Recientemente en un Coloquio Cervantino en la mejicana capital de Guanajuato un bien pagado profesor afirmaba que el libro tiende a desaparecer. Sus argumentos pasaban por intentar demostrar que lo que él llamaba «otros soportes» harían inútil el almacenaje y la acumulación de polvo en ejemplares de dudosa utilidad puesto que, decía el erudito la red (desde el imperio de Bill Gates hasta el más sencillo ordenador) ya es capaz de suministrar

cultura a precios módicos y con menor derroche de espacio y escasa depredación de arboledas. Junto a sus razonamientos también queda el deseo del amante del libro de tocar este vehículo cultural y de hacer del libro un objeto de uso, de colección y de admiración. Unir la informática y la presencia libresca sería, pues, un eslabón perdido de las apetencias de aquel conferenciante. Y esto ha intentado una joven poeta de Valladolid, llamada Olga Susana López Portela con su poemario «D.N.P. (DOCUMENTO NACIONAL DE POETA)» que fue galardonado con el I Premio «Gloria Fuertes» de Poesía Joven, cuya trayectoria comienza aquí gracias al legado de la autora de «Isla ignorada», primer título de la Colección «Gloria Fuertes» y al buen quehacer de la audaz Luzmaría Jiménez Faro que, desde Ediciones Torremozza, continúa empeñada en crear un espacio donde la poesía de y para las mujeres tenga su principal protagonismo. El libro de Olga Susana López Portela ofrece versos deliciosos, entretenidas escenas visuales, palabras de mal gusto y otros hallazgos. El resumen podría ser el de un buen poemario, digno heredero de la vitalidad poética de la inconsciente patrocinadora

del galardón, pues en Gloria Fuertes también tenemos una poesía corrosiva, denunciante, agresiva. «DNP (Documento Nacional de Poeta)» es un poemario original, emotivo, tal vez demasiado personal. Prima en él el tema amoroso, con algunas desviaciones ecologistas. Y es el ordenador quien va programando la ruta de versos y suspiros (o caricias). Reproducir un poema completo en este comentario, escrito al estilo clásico o antiguo, no es posible, pero sí los versos finales del poema de la página 34: «¿Quién soy?, / una mujer desnuda / en un poema, / una mujer de papel / que te mira y ríe. / Te beso y sabes a noche. / Helga.»

Volverse transparente

ESPACIO INTERIOR

Autora: Almudena Urbina

Calima Ediciones, Palma de Mallorca, 2.000. 62 págs.

Versos etéreos, casi dulces, como mecidos por el suave viento que va a reclinarsse en un lago... La poesía de Almudena Urbina se compone de espacios breves, no solo interiores, de pensamientos diáfanos, de esos trozos de primavera que van a transformar la realidad. Su libro, es el primero, se torna

una especie de hallazgo placentero, de diminuta ilusión por la que transitan las palabras. La autora es periodista y poeta, lleva a cuestras los sinsabores del dolor y, sin embargo, dibuja la esperanza en sus poemas. Este poemario, «Espacio interior» que Calima Ediciones edita con un exquisito gusto y llevando por bandera en su portada esa «Muchacha sobre rojo», magnífica obra de óleo sobre tela del artista Waldo Aguiar, es el delicado regalo de una mujer que hace del verso una materia para ser vivida, recordada. *«Idéntica. Me vuelvo transparente, / muriéndome en el vértigo. / El dolor que miráis / se acerca al olvido. / Alguien me niega, y no conozco»*. Se nota su pasión por la lectura, por insinuar un mundo más allá de los versos, por hallar en la poesía ese refugio que solo las almas sensibles son capaces de descubrir. *«El lugar, la nube, el niño; / una espalda dispuesta / y que pronuncia todavía. / Quién pudiera zambullirse / en la palabra y ser vertedero / como las cáscaras que besan las hormigas»*. Hay una dulce levedad en todo el sendero lírico, una bandera de esplendorosos amaneceres. La palabra se convierte en recuerdo, en temor, en vivencia. Almudena Urbina está recreando su paisaje más

íntimo, su más lejana inquietud, aquella que nace de lo propio, de lo que duele, de lo que abrasa. *«Llega al limo la locura, / espejismo desbocado, / retorciendo los músculos que el desnudo roba; / subterráneo, reversible, / alfiler o vidrio, así esperas la noche»*. Versos trabajados, repletos de música, de sonidos, de vigor. Poesía para la plenitud y para el sosiego. Hay un prólogo ameno de Luis Alberto de Cuenca, acompañando la labor creadora. («Practica Almudena Urbina una suerte de éxtasis visionario que no surge del caos ni se complace en el hermetismo, sino que se sumerge en las aguas impresionistas donde viven los perfiles borrosos del ensueño y las ondinias de la sensualidad»).

Índice

	págs
Ángela Serna.....	5
Miguel Ángel Curtiel.....	11
María Antonia Ricas.....	13
Jesús Pino.....	15-37
Ángel Ballesteros Gallardo.....	20
Alba Cámara Mayorga.....	26
M ^a Auxiliadora López Rodríguez.....	28
Manuel Quiroga Clérigo	31-130
Joaquín Copeiro.....	35-112
Alicia Bermúdez.....	39
Elisa Romero.....	44-58
Lola López Díaz.....	54-65
Antonio Illán.....	59
Ángel del Valle Nieto.....	69
Damián García Fente.....	75
María Vázquez Benarroch.....	93
Adelina Esteban.....	102
Jesús Rubio.....	104
Juan Carlos Pantoja.....	120
Tomás López Muñoz.....	122
Javier Castillo.....	125
Rubén Sánchez.....	127
Susana Zaragoza Huerta.....	129



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo
